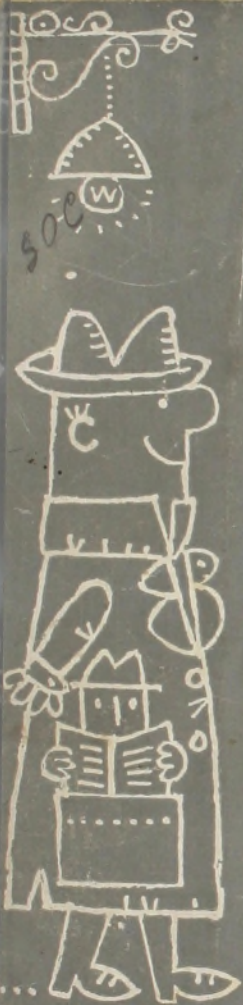


CABALLOS Y JINETES

DANIEL
VIDART

BOLSILIBROS ARCA

pieri





27/8/1977

\$ 200
—

CABALLOS

Y

JINETES

PRIMER VOLUMEN DE
LOS LIBROS CORTES

DARIEL

VIDART

CABALLOS

Y

JINETES

1871/8/73.

CABALLOS

Y
MONTES

CABALLOS Y JINETES

LIBRERÍA
CANJE Y VENTA
(Textos - Libros Técnicos)
MILIMAS S.A.
TRISTAN NARVAJA 1728

PEQUEÑA HISTORIA DE
LOS HOMBRES ECUESTRES

DANIEL
VIDART

ARCA / Montevideo



CABALLOS

Y

JINETES

PEQUEÑA HISTORIA DE
LOS HOMBRES ECUESTRES

DANIEL

VIDART

Copyright by Arca Editorial S.R.L.

Colonia 1263, Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

*A mi padre,
hombre de a caballo.*

à son père
d'après de la noblesse

LES
CHIFFRES DE

EL PACTO CON EL HOMBRE

El primer pacto del hombre fue con el fuego y así nació la superación cultural de la naturaleza. El segundo pacto fue con el caballo y así surgió el dominio geográfico del mundo. El tercer pacto acaba de realizarse con la máquina y gracias al mismo emprenderemos la conquista científica del sistema planetario. El primer pacto nos hizo dueños de las cosas. El segundo nos concedió señorío sobre la tierra. El tercero nos entrega los caminos del espacio infinito realizando, recién ahora, lo anunciado por los versos de Ovidio: *Coelum certe patet, ibimus illac*; el cielo está en verdad abierto, vayamos hacia él.

Yo me referiré sólo al segundo pacto, al que —entre la prepotencia y el miedo— firmamos con el caballo en la aurora de los tiempos históricos. Y digo históricos porque durante la prehistoria paleolítica el caballo fue para el hombre una presa de caza y nada más. Su carne dulzona y tierna era preferida a la de los animales carniceros, fibrosa y de sabor agresivo. Las pinturas rupestres nos lo muestran en su cabal indigencia estética: peludo, panzón, de contextura retacona, de alzada minúscula. En este sentido la gruta de Lascaux es un jubileo equino. El cazador-pintor apela a la magia simpática para lograr su alimento y las filas trotadoras de caballitos, más acá de su expresivo mensaje artístico, materializan la angustiada invocación del hombre al dios de las estepas: —Dadnos, Señor, la carne de cada día...

No hay dudas que la plasticidad y el ardor de los caballos prehistóricos impresionaron a los ojeadores que los arreaban con antorchas y gritos hacia los despeñaderos. Y como testimonio de esa cinegética perdura el congelado relincho de la cabeza equina de Mas d'Azil, tallada en hueso por un Fidias magdalenense, que atraviesa invicta el potrero de los tiempos y nos sobrecoge aún hoy con su desgarrada y dramática protesta.

En la edad neolítica, iniciada hace unos diez mil años, el hombre se transforma en agricultor y pastor. Somete a las plantas y domestica a los animales. El trigo y el buey abren las puertas de la historia en los cuatro valles cardinales de la antigüedad: el del Hoang-Ho, el del Indus, el del Eufrates y el del Nilo. Pero la primeriza domesticación de los animales sólo es coexistencia. No hay aún pacto ni consustanciación. Unicamente cuando el hombre monte y guíe al caballo se producirá la alianza más formidable que jamás entablaran dos seres vivientes. La inteligencia humana poseerá desde entonces la fuerza incansable de la bestia y el brío equino estará regido por un designio espiritual. Jinete y cabalgadura se funden en una entidad superior y complementaria. El hombre se adueña del espacio geográfico, aspira el violento perfume de la guerra, se siente señor de los pueblos pedestres y de los animales abandonados al dictamen ciego del instinto. De piedra viajera, como lo fuera en la edad de la caza, y de raíz sedentaria, como lo será en la edad de las ciudades, se convierte en polen aguerrido que fecunda la faz de la tierra. Subsistieron los cazadores; los agricultores continuaron atados al surco; pero el jinete inauguró un nuevo estilo de vida, una nueva raza de almas, una filosofía intrépida de la masculinidad.

Fue en las llanuras herbosas del Asia central donde se produjo, tres mil años antes de nuestra era, el advenimiento de los caballistas. Escribo caballistas deliberadamente, porque hubo tres etapas en las relaciones del jinete con su cabalgadura. La primera es la de estos iniciales caballistas asiáticos, obligados a serlo por una fatalidad climática. Ellos fueron las víctimas de lo que Huntington ha llamado "el pulso del Asia", lo cual no les impidió ser los verdugos de los pueblos civilizados que prosperaban en la periferia de las estepas. La segunda etapa es la de los caballeros —sean los medievales de la cristiandad o del Islam, sean los persas o los indostánicos— elevados a ese rango por discriminación clasista. La tercera es la de los cabalgantes americanos, determinados por la ganadería cimarrona, la distancia geográfica y la rebarbarización del europeo y sus descendientes en el Nuevo Mundo. La primera categoría es telúrica; la segunda es social; la tercera es económica. El caballista asiático es un depredador, un azote, un flagelo desencadenado por las sequías; el caballero feudal constituye una categoría ética y un estamento nobiliario; el caballista americano instaure lo que Sarmiento llamara la "democracia del jinete" y su vocación es campesina y ganadera antes que nómada o aristocrática.

Tan grande resultó el impacto de la domesticación y monta del caballo en el alma de los pueblos primitivos que el bruto, de deificador del jinete, se convirtió en dios a su vez. El caballo es para algunas tribus de nómadas mongoles el padre de la estirpe humana, pues de una mujer fecundada por el padrillo *Dzigithai* nació el primer hombre. El caballo es un ser sabio, está dotado de poderes mágicos, adivina el porvenir. En la India, en Grecia, en Alemania, es decir, en el ámbito de la cultura indoeu-

ropea, todos los grandes dioses tienen algo que ver con la especie equino. Si un hombre feo y tonto logra entrar por la oreja izquierda de un caballo —según reza una vieja leyenda indostánica— saldrá por la derecha buen mozo y lleno de luces. Y haciendo tabla rasa con los mitos chinos, egipcios y persas que aluden a las virtudes sobrenaturales del caballo, ¿qué significan Quirón y la progenie de centauros griegos, sino la consagración biológica de la alianza entre la inteligencia clarividente y la fuerza muscular?

Los pueblos ecuestres salidos de las praderas asiáticas chocan con los sedentarios agricultores de Egipto, Mesopotamia, China e India y de esa colisión brotan los valores dialécticos de las grandes culturas primarias. Dos formas de vida y dos concepciones de la obra divina y del destino humano, la vertical y la horizontal, le dan bidimensionalidad a la existencia y fundan, en el espacio y en el tiempo a la vez, la historia de la civilización.

El caballo, empero, fecunda a veces imperfectamente las culturas agrario-pastoriles. El nómada asiático y el nord-africano son los centauros absolutos: crían, doman, amansan y montan cotidianamente al equino, se confunden con él, lo incorporan a su cuerpo y a su espíritu, conviven con la bestia fiel e impetuosa. Otros pueblos lo utilizan de modo parcial. Los chinos antiguos no eran criadores, sino que lo importaban de Mongolia; los egipcios y los hititas sólo lo empleaban para arrastrar los carros de combate; los romanos, apasionados por las carreras de cuadrigas en el circo, jamás fueron grandes jinetes, quizá por el peso de su ancestro de agricultores-soldados.

La alianza plena entre el hombre y el caballo originó en el Viejo Mundo imperios súbitos y frágiles, que poseyeron la brillantez y la brevedad del

relámpago. El dominio del jinete es espacial y no temporal. Tiene extensión pero carece de raíz profunda. Es la guadaña mongola, el simún del nómada, la retirada ofensiva del parto, la barbarie trotadora del escita, la ola helenizante y fugaz de Alejandro.

El caballo dispersa, desarraiga, extrovierte al hombre; lo convierte en una criatura guerrera y errante, en un músculo heroico e inútil. No lo perpetúa ni lo asienta en la historia; lo enajena del cuadro tranquilo y memorioso de los tiempos. En definitiva, le escamotea la eternidad, o lo que nosotros entendemos por eternidad...

A modo de confirmación poética de esta alianza hay unos versos en el Libro de Job que celebran al caballo de guerra con palabras llenas de exactitud y hermosura. No olvidemos que el Libro de Job fue escrito por un árabe, un hombre de a caballo por excelencia, y recordemos, como corolario, otros versos menos conocidos de un cantor del desierto dedicados a la alabanza de su cabalgadura: "Su pelo es rojizo, corto y luciente; sus flancos son finos y delicadamente alargados. Su lomo es el de una gacela y sus patas las de un avestruz. Trota como los lobos y galopa como un zorro joven".

Es que en el caballo cabe toda la zoología, se resume toda la naturaleza. El caballo es el puente entre el reino animal y el humano. Es un reino en sí: el del espacio infinito, el del horizonte hambriento, el de la distancia perpetuamente imperiosa.

A la épica de la equitación corresponden una metafísica de la lejanía, una psicología de la libertad, una moral del coraje y una estética de la muerte. Pero recién estamos narrando el comienzo de la Gran Alianza. El mundo es aún adolescente y la fatiga de vivir no lo agobia todavía con su desdentada sonrisa.

DESTINO CULTURAL DEL JINETE

Hasta hoy no se ha escrito la historia comparada de las poblaciones ecuestres de América y carecemos de una antropología filosófica del gaucho uruguayo.

El vaquero tejano, el charro mejicano, el goajiro cubano del siglo XIX, el paisano dominicano de Cibao, el llanero venezolano, el caballista de Tarija, el huaso chileno, el sertanejo brasileño y el gaucho rioplatense son las encarnaciones regionales de un espíritu que trasciende la geografía y da entonación a un estilo vital creador y vigoroso.

El hombre de a caballo es el constructor de la historia, el artífice de la integralidad de las altas culturas.

El agricultor neolítico vivía en condición servil frente a la naturaleza. Los frutos de sus sementeras dependían de la benevolencia de las lluvias; los muros de su choza de barro le impedían la visión profunda y aventurera del horizonte; el espíritu de previsión lo constreñía a erigir hórreos, a excavar silos, a guardar avaramente las cosechas; la propiedad de la tierra lo hacía esclavo de su solar y desconfiado centinela de su lindero.

El pastor apeado de las estepas tampoco se ha emancipado del pardo dogal de la tierra. Envuelto por la polvareda que levantan sus ganaderías y ayudando su paso vacilante por el cayado va en busca de campos gramíneos, escuchando por doquier el rumor indescifrable y rencoroso del cosmos, padeciendo imprevistas catástrofes, adorando a dioses versátiles, ensalzando a oscuros talismanes, sobrecoigido por el histerismo mágico del temor y del azar.

Pero cuando el hombre doma y monta el caballo la antigua relación se invierte.

Este hombre ya no siente bajo sus plantas el pesado acento del surco ni la dolorida ruta de la

trashumancia. Una noble bestia sumisa tiembla ceñida por sus piernas, se abalanza ante la incitación de sus talones y obedece al imperio embridado de su mano. El lejano círculo del horizonte que apretaba con su lazo telúrico ya no es frontera sino mirador; la fatiga de las apeadas travesías y el símbolo patriarcal pero pasivo del cayado son reemplazados por correrías raudas y lanzas depredadoras.

El jinete es dueño de su destino. Está ya para siempre manumitido del escenario primordial lleno de alusiones tradicionales y vínculos sagrados. Desde su montículo semoviente y nervioso custodia el ganado propio y roba el ajeno, asalta los poblados agrícolas, descubre nuevas comarcas físicas y espirituales.

Ahora es semejante a los dioses. Los ritmos de las estaciones que le imponían una actitud casi vegetal frente al medio son alterados por el deambular de la fogosa criatura que lo yergue sobre el alrededor conquistado.

Y la movilidad del nuevo vehículo incide en su conformación mental.

Teológicamente ya no lo amedrentan las sombrías potestades de la tierra madre. Económicamente se ha convertido en un buscador ágil de nuevas fuentes alimenticias para la supervivencia del grupo. Sociológicamente ha comenzado su carrera consciente de animal de presa. Intelectualmente ha adquirido clara noción de las virtudes dominantes y rectoras de la especie *homo*.

Y todo ello mezclado ha hecho nacer el espíritu señorial de que habla Max Weber al referirse a los nómadas de a caballo.

El nómada ecuestre en sus fricciones del año 2.000 a. de J. C. con los sedentarios agricultores hizo brotar la lumbré razonante de las primeras culturas.

Entre los años 1780 y 1660 antes de nuestra era

una bélica turba de *hycksos*, término que según Manethon significa reyes pastores, atronó con el relincho de sus caballerías y el ruido mortal de sus armas el valle de Egipto. Esta gente montada irrumpió en las tierras fértiles que sustentaban a espigas vegetales y humanas mecidas por una misma brisa de divinidades y regadas por un isócrono vaivén de inundaciones nilóticas. Durante su dominación se hundieron las categorías inmemoriales y el orden cósmico de la agricultura, pero la especulación filosófica fue viva y el cuerpo teológico se reanimó con la sangre de otros dioses.

Los *hycksos* fueron expulsados al fin, pero quedó el caballo.

Y con el caballo advino el caballero, esto es, el hombre que puede mantener lustrosos bridones merced a su ocio noble sustentado en una riqueza nacida del feudalismo y afianzada por el botín. El caballero es antes que nada una figura económica, pero también es el trasunto de una mentalidad épica surgida del ejercicio marcial y de una reciedumbre muscular creada por el diario menester de la ganadería hazañosa. Y con el caballero se organizó el ejército egipcio, una fuerza coherente y disciplinada que puso a los antiguos labriegos en condiciones de extender su dominios más allá del estrecho valle coronado por la húmeda flor del delta.

Cosa parecido sucedió con las invasiones de los *cassitas* en Babilonia y con la penetración de los arqueos primero y dorios luego en la Grecia arcaica.

En el templo cretense de Prinia se halló un friso esculpido posiblemente por los minoanos sometidos a los dorios. El caballo era considerado en Creta como una bestia de tiro y no como un arma de guerra. Por eso el artista exagera el tamaño de los equinos. El jinete, allá arriba, es lo secundario; el ariete de carne, espuma y nervios, el caballo de

combate, cubre con su hierática grandeza todo el ingenuo bajorelieve.

Es que el caballo ha transformado el vínculo del hombre con la naturaleza y con la sociedad.

La quietud botánica del ser adherido al paisaje se convierte, merced a la equitación, en un desarraigado pulular de pueblos, en apetencia de lejanías, en incitaciones para una metafísica antropocéntrica, en los aforismos desaprensivos de un *ethos* cruel.

El hombre de a caballo representa la irrupción juvenil de los períodos históricos creadores. Abenjaldún, el filósofo de la historia bereber, nos ha legado un cautivante cuadro de la dinámica cultural del desierto, aplicable, por otra parte, a casi todos los nómadas ecuestres.

El beduino árabe es el nómada por excelencia. Con sus familias, sus rebaños de camellos y sus tiendas rueda tras las pasturas codiciadas.

El caballo es su más grande y lujoso orgullo, su caudal más estimable.

En el lomo de las jacas aprende las tablas del valor, el silabario de la libertad, los mandamientos de la hidalguía, el decálogo de la nobleza, el código de la guerra. Si un *Sheik* árabe entrega el caballo, sella el cautiverio de su tribu. Pero el beduino es temperamentalmente insumiso y prefiere la muerte al cautiverio. Como buen nómada desdeña la vida muelle de las ciudades. Diodoro de Sicilia afirma que a los Nabateos, una tribu de la Arabia Pétreá, les estaba vedado sembrar trigo y construir casas porque para conservar tales bienes había que renunciar a la libertad. Y es así que los poetas árabes dicen: "Pobre del hombre que tome a la tierra por nodriza; no tarda en hallar un amo". La hospitalidad proverbial de la tienda del beduino, abierta aún para el mayor enemigo, tiene un supremo fundamento ético

condicionado por el medio geográfico: frente a una naturaleza estéril y sedienta, en el albergue donde hay agua, sombra y dátiles, todos los hombres son hermanos.

El beduino es, además, un poeta. "La belleza del hombre —expresa un aforismo árabe— radica en la elocuencia de su lengua". Y no sólo es un poeta sino que también es un racionalista. A lo largo de sus marchas aprende a contar los animales y a descifrar la luminosa mecánica del cielo. Es un matemático en potencia y un astrónomo empírico. "¿Quién se atreve a disputar a mi tribu su preeminencia en jinetes, poetas y números?", prorrumpe un cantor del desierto.

Axiología ecuestre, lirismo e inteligencia: he aquí la trinidad de los hombres de a caballo, el trípode cultural del beduino.

Pero volvamos ahora al historiador Abenjaldún y a su filosofía del nomadismo.

Abenjaldún era un bereber que floreció entre 1332 y 1406. En su obra *Prolegómenos a la Historia*, adelantándose a Juan Bautista Vico, Herder y Spengler, plantea el problema del nacimiento y muerte de las culturas.

Hay un vaivén constante entre la vida nómada y la sedentaria. La vida social comienza en el campo y termina en la ciudad. Los campesinos de a caballo representan la fuerza de los leones; los ciudadanos, la astucia de los zorros. Los unos, acostumbrados a la ruda vida de privación, poseen un claro sentimiento de la *Asabijja*, esto es, el espíritu comunitario; los otros, hechos a la molición urbana, se consumen egoístamente entre las exquisiteces de la civilización.

Cuando los nómadas se echan sobre los sedentarios salta la chispa de un período creador. Del desierto vienen las virtudes heroicas y organizadoras,

el sentido señorial, la disciplina, el sobrio ademán del gobernante. En la ciudad están, en cambio, la riqueza, la Academia, los medios aptos para encauzar esa enorme energía que sopla como un simún desde las viriles soledades. Así nacen los Estados. Pero a la larga el antiguo nómada es corrompido por el sutil gusano del refinamiento. La ciudad cambia el músculo magro por la gordura sensual, el ánimo ejecutivo por el sibaritismo escéptico, el gesto dominador del joven por la indiferencia del anciano. Un crepúsculo de oro anuncia el fin del ciclo. Ya han pasado el fundador, el conservador y el imitador. Pronto desde el desierto llegará el destructor para comenzar de nuevo otro período de auge. Hasta que la vida sedentaria lo cautive con su sistema hedonista y sea a su vez destruido por otra oleada de nómadas vigorosos.

Abenjaldún escribió teniendo presente la realidad política y social del Africa del Norte.

Pero su sociología del nomadismo puede aplicarse a las culturas ecuestres y también vale, con las atemperaciones del caso, para la circunstancia nacional.

Nuestro gaucho abrevó en la fuente eterna del caballista universal. Del montado pastor indoeuropeo retuvo la movilidad mental y el espíritu de bárbara gallardía. Del árabe heredó los ocios del desierto llenos de canto y de coraje, la cordialidad hospitalaria. Del peninsular de la conquista conservó el sentimiento del honor y la guerrera furia española. Del indio taciturno recibió el virtuosismo hípico, el amor devoto y sombrío por el terruño, la sagrada cólera de la libertad.

El gaucho fue lo que fue merced al caballo. Pero la civilización lo ha devorado como a los nómadas de Abenjaldún.

LA EDAD DE ORO DEL CABALLO

Hombres y caballos tienen, después del Gran Pacto de la equitación, un destino paralelo. Puede sostenerse sin temor a la paradoja que en los pueblos y grupos ecuestres a un determinado concepto del hombre correspondió un tipo especial de caballo y que a un determinado concepto del caballo correspondió un tipo especial de hombre.

El mongol y su cabalgadura formaban una pareja solidaria; en las largas marchas forzadas el jinete abría una vena del cuello del caballo, chupaba su sangre y seguía la trotada fabulosa, sin comer, sin beber, sin dormir, atento a la batalla inminente. El nómada, en cambio, que siempre fue un mercenario, que no colocaba la dignidad esencial de su estado ecuestre sobre todas las demás cosas, trataba bárbaramente a sus caballos, carecía de la ternura que el mongol dispensaba en tiempos de paz a sus jacos incansables. El indio y el criollo cabalgante de América ponían a sus fletes por encima de sus personas; podía ir el jinete roto, pero el caballo relucía, gordo y bien tusado, reencarnando en su potencia animal los valores humanos. El caballero medieval, finalmente, tenía un tipo de caballo para cada menester del heroísmo, del ludismo o de la vida vulgar.

Una vez elaborada la filosofía de la equitación el caballo se convierte en el *alter ego* del jinete. Y así como en la ética ecuestre cabe expresar "dime en qué caballo andas y te diré quién eres", en la estética puede seguirse paso a paso la dignificación plástica del pedestal semoviente del hombre.

El caballo primitivo era un petizo deforme y su tipo perduró en los *kiangs* de los nómadas asiáticos, en los *ponys* nómadas y en los cuartagos celtas. Los pueblos germánicos, por su parte, poseían un

ejemplar casi gigantesco de caballo, fruto quizá de una mutación y, montados en él, invadieron Europa. Con estos dos elementos se fueron formando las razas posteriores. Mezclando sangres y bríos el caballo se moldeó a imagen y semejanza de los ideales guerreros y artísticos, a la medida impetuosa de una humanidad juvenil.

Y sobre el cuerpo del pequeño trotador de las marismas y los llanos comenzó la gran aventura de la belleza. Las patas retaconas se cubrieron de estriados haces de músculos abrazados a un hueso esbelto. El pescuezo corto se curvó al igual que la madera de un arco sutil. El anca magra se redondeó, creció como una redoma elástica, como una nube de piel relampagueante. La cabezota desmesurada se redujo a un armonioso martinete, rematado por dos narices temblorosas, abiertas, repujadas por dentro con un arabesco de rojas arterias. La alzada creció pareja con la dignidad del hombre enhorquetado en la cóncava melodía del lomo. El cuerpo entero del caballo, semejante a una escultura viviente, fue remodelado con un canon áureo, con una divina proporción brotada del amor, de la paciencia y de la fantasía del artífice humano.

Del mismo modo el caballista se fue convirtiendo en caballero. El caballero es alto, es fuerte, es bello, es generoso. Por lo menos, se pide que así sea. El caballista, por lo contrario, es un tipo enjuto, un ser multitudinario, una partícula indiferenciada de la sociedad ecuestre que nomadiza en las estepas. El caballero es uno entre mil; es un singular personaje físico y espiritual que se distingue a un tiempo de la ruda aristocracia de barones dedicados a la rapiña recíproca de sus feudos y de los campesinos adscriptos a la gleba que sostienen con su trabajo servil a las clases superiores.

Gustavo Cohen (*Histoire de la Chevalerie en France au Moyen Age*) ha definido a la caballería como a una institución medieval complementaria de la sociedad feudal. Es la caballería una síntesis y un manifiesto de la misma; se trata de una organización paramilitar e independiente que recoge en su seno las tendencias combativas, deportivas, morales y religiosas de la Edad Media europea en su más dinámica expresión.

La caballería constituye un corte geológico de la rígida estratificación feudal y sus miembros son reclutados tanto en las capas altas como en las bajas. El caballo y el oficio confieren la nobleza; por lo demás puede hablarse de una especial democracia integradora o de una aristocracia abierta a los valores del alma. Lo que interesa en la caballería es el coraje, la calidad espiritual y moral del hombre y no la cuna noble.

En España, cuando la dura gesta de la Reconquista, se forjó una caballería popular, muy distinta por cierto del *ballet* —el término es de Sánchez Albornoz— que desplegaba su vistosa cortesanía amatoria al Norte de los Pirineos. El Poema de Mio Cid, obra épica e hípica a la vez, da razón de esa caballería popular al decir que, después de la caída de Valencia,

Los que foron de pie caballeros se fazen.

El caballo y el oficio conscientemente abrazado de la caballería determinan un nuevo tipo de hombre. No importa la extracción, la procedencia. Lo que cuenta es la vocación, la intencionalidad. Los caballeros son hijos de sus obras y hacedores de su destino. Representan los únicos *self made man* posibles en una sociedad jerarquizada y predestinada terrenalmente, según las clases (¿no sería mejor decir

las castas?) a la guerra, a la oración o al trabajo. Esta categoría, que sociológicamente puede calificarse como marginal, se desarrolla paralelamente a los estamentos de barones, monjes y labradores o artesanos, en un mundo propio con sus leyes y sus fórmulas, con sus ritos y sus mitos. Su origen se remonta a las ceremonias de pasaje de los germanos. Dichas ceremonias, tan comunes entre los pueblos ágrafos contemporáneos, consagran el tránsito de la adolescencia a la edad adulta y son algo así como el acceso a una nueva vida, como los goznes que abren una puerta secreta del cuerpo y del alma hacia recintos hasta entonces vedados. Pero la caballería no es sólo una ceremonia de iniciación. La colación de armas germánica era un rito genérico: todos los muchachos al llegar a la pubertad debían practicarlo. El acto de armar caballero, en cambio, es un rito específico: sólo los que desean alcanzar el estado de la caballería se someten a las ceremonias de ordenación. Más tarde intervendrá la Iglesia para dar un sentido misional a la caballería, para propiciar una difícil alianza entre la guerra y la paz, entre la espada y la cruz. Las órdenes religioso-militares serán el producto híbrido de ese curioso maridaje y tendrán mucho más de humano que de divino.

Hay dos imágenes del caballero medieval. Una lo idealiza y la otra lo retrata con colores crudos y desencantados. Una es hija de la poesía, de la evocación romántica; otra obedece a la fría objetividad de la interpretación histórica.

El caballero sin temor y sin tacha, el defensor de viudas y huérfanos, el paladín del Derecho, el abanderado de la lealtad, el humilde siervo del Señor, el andante ministro de previsión social y justiciero magistrado de los caminos, cabalgó más en las novelescas imaginaciones posteriores que en las

inseguras rutas del medioevo. La desmesura, el orgullo, la fanfarronería y la miseria enturbiaron más de una vez su militancia virtuosa. Y tanto, que los moralistas le salieron al paso para fijarle rígidos deberes, para transformar lo deportivo en utilitario y lo estético en ideológico.

Lo malo es que nosotros confundimos el deber ser con el ser y hoy, al leer las deliciosas admoniciones, creemos que ellas son el espejo de una realidad y no el látigo de incesantes desvíos.

Hay muchos manuales del "perfecto caballero". Todos son filípicas, todos son intentos vanos de mellar la espada con una lima de razones. Vamos a espigar en los más representativos; en cada uno de ellos y con distintos tonos hallaremos un sermón tras las palabras del maestro de armas.

El catalán Raimundo Lulio (*Libro del Orden de Caballería*) dice que "Cuando en el mundo cundió el menosprecio de la justicia por disminución de caridad, fue preciso que la justicia retornase por su honor, mediante el temor. Por esto fueron hechos milenarios en todo el pueblo, siendo escogido y elegido, entre los mil que formaban el milenario, el que fuese más amable, y más sabio, más leal, más fuerte, de más noble ánimo, de mejor instrucción y de mejores costumbres que los demás. También fue buscada entre todas las bestias la más bella, la más ágil y que con más nobleza pueda sostener el trabajo; pues debía ser la más conveniente para el servicio del hombre. Y porque el caballo es la bestia más noble y más conveniente para el servicio del hombre, fue elegido el caballo entre todas las bestias y fue entregado al hombre elegido entre mil. Y por esto este hombre elegido es llamado caballero".

Ninguna de las afirmaciones es verdadera. El tono de Lulio es el mismo que el de Rousseau en

El Contrato Social. El caballero no es elegido sino que él mismo escoge su oficio; el caballo es el único animal apto para ser montado y resistir los rigores guerreros; el caballero no sólo es un hombre de a caballo, sino que también representa una categoría existencial. Históricamente la caballería surgió en Europa para oponer una fuerza veloz y ubicua a los bárbaros ecuestres que venían desde el Este y a los árabes que a la jineta (esto es, montando con estribo corto como los *xenetes* bereberes) amenazaban desde el Sur. No hubo, pues, elección sentimental sino necesidad de supervivencia; la caballería posterior fue el refinamiento ético de un ejercicio agónico y agonal a la vez, la decantación en el espíritu de una tarea sangrienta.

El inglés Juan de Salisbury exige que el caballero tenga sangre noble, cuerpo fuerte y corazón bien puesto, y a un hombre así favorecido le encomienda la defensa de la Iglesia, la protección del pobre, la pacificación de los exaltados, el sacrificio por el prójimo.

El francés Alain de Lille escribe con mayor veracidad y sencillez que los otros moralistas sobre la misión ideal y la conducta real de los caballeros:

“Han sido instituídos para la defensa del país (entiéndase comarca, pues no otra cosa significaba *pays* en el medioevo) y para preservar a la Iglesia del insulto de los violentos. Los que combaten para su solo provecho prostituyen su dignidad. Los que toman las armas para dedicarse al pillaje no son caballeros sino asaltantes; no son defensores sino invasores”. El caballo y la rapiña han ido también siempre juntos; de esto teme el bueno de de Lille y protesta veladamente contra las *razzias* ecuestres.

Tanta recomendación, tanto preceptismo, tanto celo moral, nos descubre el reverso poco edificante de un cacareado decálogo virtuoso. En tal sentido,

J. Huizinga (*El otoño de la Edad Media*) enjuicia acerbamente al ideal caballeresco: "Como ideal de una vida bella tiene el ideal caballeresco un carácter muy peculiar. Por su esencia es un ideal estético, hecho de fantasía multicolor y sentimentalidad elevada. Quiere ser un ideal moral y el pensamiento medieval sólo podía concederle un puesto noble poniendo como ideal de vida en relación con la piedad y la virtud. Pero en esta función ética fracasa siempre la caballería, que es arrastrada hacia abajo por su origen pecaminoso. Pues el núcleo del ideal sigue siendo la soberbia embellecida... De la soberbia estilizada y sublimada ha nacido el honor, Norte de la vida noble".

Sin embargo, no todas eran flores para estos *enfants terribles* del coraje y la cabalgata aventurera. J. Böhler (*Vida y cultura en la Edad Media*) reproduce una despiadada página sobre la condición lamentable de los pichones de caballero y de los caballeros mismos, escrita en 1425 por un avieso mayordomo alemán: "Parece un verdadero milagro cómo pueden vivir estos hombres. Descienden en verdad de linajes nobles, tienen una hermosa talla, un vigor físico gigantesco, una inteligencia muy despierta y son bondadosos por naturaleza... Si tuviesen bastante dinero para pagar sus comilonas, no saldrían de la taberna para echarse a robar por los caminos. Es la pobreza desesperada en la que viven la que les enseña muchas cosas malas y les impulsa a cometerlas... Creo que no podrías reprimir las lágrimas, viendo cómo estos hermosos mozos nobles luchan día tras día por su mísero pan y su vestido y se exponen a la horca y la rueda para escapar a la miseria y al hambre... La ambición de poseer grandes extensiones de tierra, de dedicarse a brillantes torneos y de vivir entre el lujo de la corte, no se han hecho para ellos. Se contentan con muy poco. Con

tal de asegurarse el pan de cada día, se dan por satisfechos. . . Atan sobre la silla y encaraman sobre los altos caballos a los niños de cinco años. Los vigorosos jinetes cubren a veces varias jornadas de viaje o se echan a dormir, después de comer, sobre el duro suelo. Los muchachitos andan metidos todo el santo día entre el estiércol, sin que nadie se apiade de ellos y sin que puedan moverse hasta que llega el caballerizo. Los caballos orinan sobre ellos y los cubren con sus deyecciones, los muerden y los pisotean. Estos pobres hidalgos maltratan a sus muchachitos para ver si pueden convertirlos en hombres de provecho. Llueven sobre sus cabezas los palos y los insultos, y no puede darse una idea de lo que sufren estas criaturas". Más melancólica y desolada no puede ser la visión de la existencia cotidiana de los orgullosos paladines. Pero en una cosa coincide con las versiones idealistas: el caballo está elevado a una dignidad indiscutida y es el beneficiario verdadero de esta Edad de Oro.

Para cada menester y para cada categoría ecuestre existía un tipo distinto de caballo. El caballo de armas, el *dextrier*, o sea el que se lleva de tiro con la mano derecha hasta antes de entrar en combate, era de alzada imponente, de robusta contextura y de empuje brutal; lancear sujetos embutidos en un vestido de hierro no era por cierto liviana tarea y se necesitaban bridones poderosos para sostener tan duro ejercicio. El *palafrén* (del bajo latín *parafredus*, caballo de posta) era el caballo de andar, para los desfiles o las cacerías; más liviano y vistoso, tenía que alcanzar, para obtener esa categoría, la altura de mts. 1,46 en las cruces. Si no llegaba a esa alzada se denominaba *hacanea* (caballo del medio, *cob*) o si era casi un petizo *jaco* (del germano *hack*). Los caballos ordinarios que montaban los campesinos y lacayos se llamaban *rocines* (del alemán *ross*, caballo

vulgar) y si tenían alzada pequeña, *cuartagos* (de cuarto, una enfermedad de la cuarta parte del casco del caballo). Al caballo de carga, el más humilde y menospreciado integrante de la familia equina se le conocía con el nombre de *sommier* (del griego y latín *sagma*, carga) en Francia y con el de *acémila* (del árabe *azémila*, carguero) en España. Y no seguimos con el tema, pues tendríamos que extendernos sobre las formas de montar preconizadas por la escuela de brida (la de los caballeros europeos) y la de jineta (la de los caballeros árabes), amén de los aperos, los aires de marcha y las distintas razas equinas existentes en la Edad Media.

La caballería medieval, categoría estética que quiere ser también valor ético, exalta parejamente al caballo y al hombre que lo rige. Lulio expresa esto con gran concisión: "El caballero sin caballo no conviene con el orden de caballería", porque "se da caballo al caballero en significación de la nobleza de su valor, para que cabalgue más alto que los demás hombres y sea visto desde lejos, y más cosas tenga debajo de sí; y para que se presente en seguida, antes que otros hombres, donde lo exija el honor de la caballería".

La Edad de Oro del caballo es cualitativa y no cuantitativa. La Europa medieval, labriega y sedentaria por excelencia, contempla una férrea floración de armaduras y un galopar marcial que llena los caminos de hombres libres, de almas audaces, de pensamientos rebeldes. El caballo crea una mentalidad emprendedora, andariega, insumisa. Sustrae a los cuerpos y a los espíritus de las categorías sociales rigurosas. Crea una nueva clase que no se basa en el dinero ni en la propiedad de la tierra ni en la sangre, sino en las obras y en la exaltación de la personalidad. ¿Pecado de orgullo, proyección estética de la soberbia, paso de *ballet* presuntuoso? No

importa. El mitológico Pegaso de la leyenda ha perdido sus alas, pero el hombre las ha recobrado para su movilidad física y espiritual. No es por lo tanto incorrecto ni descomedido afirmar que los valores de la libertad, antes de triunfar en la Europa revolucionaria, estaban prefigurados en el ejercicio de la caballería. En esta temprana hazaña del alma tiene mucho que ver la presencia emancipadora del caballo. Porque en todos los tiempos la libertad montada a caballo es dos veces libertad.

MISION DE LA CABALLERIA ANDANTE

Para ubicar la figura de nuestro gaucho dentro de la vasta tipología de los hombres de a caballo es necesario hacer antes un viaje en el tiempo y una correlación en el espacio. El tiempo nos dará las categorías históricas y el espacio las variantes regionales de las colectividades hípias.

Solamente así, poseyendo un rico vivero de símiles, es posible pulsar con acierto la profunda cuerda del alma criolla y escuchar a su compás una voz liberada de la vulgaridad anecdótica, del ceceo erudito, del engolamiento chauvinista.

Se ha descripto demasiado sin ahondar en las esencias. Se ha reemplazado lo sustantivo por lo adjetivo, lo cultural por lo ornamental. Nuestro paisano ecuestre merece ya, al cabo de tanta chabacana talabartería, una interpretación sociológica, un atisbo humanístico, una ontología vitalista.

Para llevar a cabo esta tarea debe aislarse de la turba de los hechos la hebra dorada del sentido que los condiciona y construir un sistema, trenzar una filosófica escala de Jacob. Remontando por esta escala contemplaremos el bosque sin que nos distraiga el árbol y comprenderemos el ayer avizorando los panoramas del anteayer.

El primer peldaño fue el del jinete de la auro-
ra, que hizo brotar de la protohistoria la infancia
terrible de los imperios ecuestres; el segundo será
el del caballero andante de los siglos medios, depor-
tista del heroísmo, campeón de la justicia y paladín
del amor.

La comparación de nuestro gaucho, caballero
andante de las cuchillas, con el medieval desafiador
de entuertos y de agravios suscita una vívida luz, a
cuyo resplandor es posible descubrir inesperadas re-
laciones.

Provistos de este método vayamos ahora en
búsqueda del hombre de a caballo que dignificó a
una época oscura y tumultuosa con la hidalguía de
su sentimiento y el denuedo de su acción.

El escenario es la Europa entre los siglos X y
XII. El imperio de Carlomagno, dividido entre sus
nietos, sucumbía bajo el empuje de las hordas ecues-
tres. Por el Este los magyares, montados en sus pe-
ludos caballitos incansables, se desparramaban en
las grandes llanuras herbáceas regadas por el Da-
nubio; por el Meridión, los árabes asolaban los cam-
pos y ciudades ibéricas al compás del piafar de sus
jacas veloces; y por el Oeste, los normandos, car-
gando equinos en los raudos barcos, descendían co-
mo bandadas de buitres sobre el cuerpo yacente del
moribundo gigante carolingio.

Para luchar contra el hierro se levantó el hierro
y para detener al caballo surgió la caballería. El
caballo, empero, es un arma costosa y su manuten-
ción supone ingentes recursos. Con tal fin el hombre
de a caballo recibió del poder central un beneficio,
una posesión fundiaria poblada y trabajada por la-
briegos adscriptos a la gleba. El siervo debe cultivar
el campo y alimentar los ocios guerreros del señor
que cuando no combate contra el bárbaro se adiestra
en artes venatorias.

Guerra y caza ecuestres. Sujeción y trabajo agrícolas. La vieja figura del montado cayendo sobre el labrador se repite. Ahora es el rey quien concede tierras en pago del servicio de armas y el agricultor quien se refugia tembloroso en el castillo del señor con sus vacas y gallinas, con sus granos y ferrajes. Pero en su intimidad sustancial, en su logaritmo histórico, el hecho es el mismo: sobre la tierra que recibe la simiente y entrega la espiga se yergue el consorcio mitológico y dominador de la bestia impetuosa y del jinete impaciente, mientras suenan, despiadados y agudos, los cuernos de la caza y las trompetas de la guerra.

Al atomizarse el poder cada barón se siente dueño de su dominio. Y cada castillo es una belicosa ínsula de piedra, un gris corazón almenado que en su sístole matutina exhala escuadrones ecuestres y en su diástole vespéral recibe jadeante caballeros.

Ha comenzado el feudalismo. El puño como una crispada raíz de acero florece espadas, y cuando se alza desnudo en los luminosos mediodías es para servir de alcándara al halcón cetrero que regresa con una paloma en sus garras. La fuerza y la violencia imperan desatadas. Saqueos e incendios azoran a los apeados labriegos y enconan a los ecuestres señores. El hombre y el caballo desaparecen bajo el amparo de las armaduras. Se aristocratiza de tal modo la guerra que los encuentros entre fuerzas pequeñas en número deciden destinos populosos. Por esto el jinete de la alta Edad Media, que es a la vez señor por su caballo, su destreza, su feudo y su ardimiento, debe proteger con ferradas defensas al noble bruto que cabalga y al bruto noble que bajo su epidermis alienta.

Nobleza y caballería se confunden en un principio. Bueno es que sepan esto los actuales enamorados de su rancia prosapia. En la promoción originaria de la genealogía que el aristócrata de "sangre azul"

bruñe con elogios hay un matarife blasfemante, un señor de horca y cuchillo empapado en inocente y antigua sangre.

Un hombre de a caballo, en el siglo X, se consideraba noble por sus obras marciales y recibía en pago de su guardia de fronteras un feudo y un título. El nómada primitivo, que traducía en reiterados robos su merodeo de mano larga y razones cortas, detenta durante la Edad Media un feudo como recompensa. Feudo viene de *fod*, que en alemán viejo significa ganado. Ganado rumiante ayer; ganado humano ahora, recuas humildes de gente labriega, rebaños de pobres rústicos que las espadas diezman y las herraduras pisotean. Esta es la eterna noria del conflicto milenario entre montados y labriegos, del diálogo entre la espuela y el tamango...

Bertrán de Born, señor de Perigord, poeta a su manera y hombre de dura entraña, encarna el sentimiento despiadado de los primitivos jinetes feudales en los siguientes versos: "Ni el comer ni el beber ni el dormir me gustan tanto como la exaltación que siento cuando suena el grito de ¡Arriba! y los caballos relinchan y los hombres claman auxilio, y los caídos yacen en la tierra con el asta de la lanza clavada en el costado". "El labrador sigue al cerdo por su especie y por sus maneras: la vida moral le repugna profundamente. Si por casualidad alcanza una gran riqueza pierde la razón; así, pues, hace falta que su bolsa esté siempre vacía. Quien no oprima a sus labriegos no hace otra cosa que aumentar su maldad. Nadie debe compadecerlos cuando sus brazos y sus piernas se rompan y cuando se vea que les falta lo más necesario".

El feudalismo está en pleno apogeo. Una intrincada red de obligaciones ata a los vasallos —que pueden hasta ser reyes— con los *suzerains*, esto es, los dispensadores de los feudos.

Mientras combaten los señores entre sí los representantes del orden divino quieren poner coto al desorden terreno. Pero ni la tregua ni Dios ni la amenaza de excomunión alcanzan para sofrenar a los señores.

El redentor del Nuevo Testamento está muy lejos ya; en la Edad Media se sale de misa para ir al degüello y se representa la cruz en la empuñadura de los mandobles.

Entretanto la antigua paridad entre caballero y noble se disocia. El noble posee tierras y castillos. El caballero ha perdido tierras y castillos. Aquél vive engarfiado en su dominio, como un opulento puercoespín, guardando sus riquezas y deseando las vecinas. Este posee solamente un caballo, una armadura, un escudero a veces y siempre la fuerza de su brazo y el fuego de su espíritu. El noble se hace más y más sedentario. El caballero, sin vínculos jurídicos o económicos con la tierra, vaga libremente de feudo en feudo, ofreciendo sus servicios armados, lidiando en los torneos, perfeccionando sus cualidades heroicas. El barón celebra opíparos festines en sus mansiones amuralladas; el caballero soporta en el camino la cólera del frío, el polvo ardiente del verano, el hambre de las travesías, la emboscada del bergante.

Una nobleza original se inaugura bajo los cielos estrellados y en medio de los rigurosos campos: una nobleza trashumante, pobre, idealista; una nobleza de señorío adquirido y no heredado; una nobleza, en fin, debida al esfuerzo individual, al mérito propio, al corazón sin miedo y al músculo sin tacha.

La zarza comienza a arder de nuevo. En el tosco tronco del feudalismo del siglo XII se enciende la pura llama de la caballería andante. Y de su ceniza, en el siglo XIV se levantará, como un fénix caricaturesco, la venal figura del *condottiero*.

Nuestro gaucho también, como el caballero andante, era, en esencia, un desposeído. Constituían su caudal el caballo, el cuchillo, la destreza ecuestre y la épica enjundia. El terrateniente criollo, heredero de las grandes estancias del padre o del abuelo español, erguía en ellas sus casonas semejantes a fortalezas e imperaba en sus fundos. El gaucho erraba de pago en pago, prestando a veces sus servicios a un estanciero que lo empleaba como domador, tropero, peón de rodeo u hombre de acción. La desierta penillanura nutría su individualidad fuerte que se enfrentaba al medio natural y al contorno biológico con ademán arrogante y seguro. Las largas trotadas curtían su cuerpo. Los combates con el merodeador o con el indio estimulaban su coraje. Y cada prueba física, cada encrucijada espiritual, robustecía los valores de su personalidad, ennoblecía el acento de su varonía, encomiaba el poderío del hombre de a caballo americano, dueño de su destino como los dioses, libre como las ariscas ganaderías, bárbaro y heroico como la maestranza de su comarca y el riesgo de su oficio.

Pero volvamos al caballero andante de la Edad Media y a su misión —ideal antes que real— sobre el convulso mundo de aquellos días.

De una manera poética y convencional Don Quijote explica, en su maravilloso discurso a los cabreros, el nacimiento de la institución. Después de una briosa alabanza a la Edad de Oro, ya perdida por desdicha, añorada desde los tiempos de Hesiodo y vuelta a evocar melancólicamente por Ovidio, Virgilio y Séneca, el preclaro manchego, que reniega de “estos detestables siglos”, dice que al ir “creciendo más la malicia se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos”.

El hidalgo, fija su mente en las virtudes caritativas, no aclara en su alocución las demás misiones de la caballería andante. En su anacrónico y alucinado empeño sólo las citadas sobrevivían, pero en la época del gran auge, otros y más completos eran los menesteres del caballero. Raimundo Lulio, contemporáneo de la escuela cabalgante, enumera cumplidamente los oficios heroicos. Es oficio de caballero defender y mantener a su señor divino y a su señor terrenal; es oficio de caballero imponer la justicia; es oficio de caballero cabalgar y moderarse, correr lanzas, concurrir con armas a torneos y justas, hacer tablas redondas, esgrimir, cazar ciervos, osos y leones; es oficio de caballero sustentar la tierra, proteger viudas, huérfanos y pobres, tener caballo para guardar caminos, amparar a los labradores y destruir a los malvados.

Un bello cuadro normativo, como se ve, que al ser llevado a la práctica certifica que "caballería no aprecia multitud de número sino que ama nobleza de coraje y buenos sentimientos".

El caballero inaugura una esclarecida dimensión de la vida en el tenebroso ajeteo medieval de rapiñas e intemperancias. Rescata al ruiseñor de las garras del milano. Idealiza los sentimientos puros de la hidalguía y pone de nuevo a los evangelios sobre la tierra. Nómada como el caballista prehistórico y sin ataderos con el solar labrantío que denigra al pobre y corrobora al rico, fabrica su linaje merced al ejercicio diario de su ciencia de diestro, de su arte de valedor y de su talante de justiciero.

Su peregrinaje de castillo en castillo, sus meditaciones bajo el sortilegio del nocturno cielo, sus lances en la soledad de la sierra y sus torneos con armas gentiles en las cortes de amor, lo hacen actuar en contacto alterno con la naturaleza rotunda y la cor-

tesía palaciega, con el pulso telúrico y la reverencia galante.

Desde el punto de vista social el caballero andante es un voluntario policía de los caminos, que castiga al malhechor, protege al débil y socorre al menesteroso, desempeñando un ministerio de justicia, defensa y previsión no incluido en la arquitectura clasista del gobierno feudal.

El caballero y su oficio combatiente dan, además, origen a la heráldica o ciencia heroica de las armerías y blasones que distinguirá el abolengo de los linajes posteriores. Como el caballero combatía totalmente cubierto, debía emplear un escudo con sus insignias y una divisa con su lema.

Cada figura del blasón poseía un valor simbólico. Un caballero incorruptible representaba su virtud por una palma; su defensa de un castillo sitiado, por un lebre; su celeridad, por un leopardo; su valentía, por un gallo. Y estas figuras se distribuían en escudos tajados, terciados, partidos o cuartelados donde el color gules significaba intrepidez, el azur serenidad, el sable modestia, el sínople esperanza y el púrpura dignidad. Aclaremos que traducidos los nombres de estos colores nobles al buen romance del pueblo quieren decir simplemente rojo, azul, negro, verde y morado, según su orden.

El simbolismo del blasón tiene también una correspondencia vernácula. Nuestro gaucho, luchando un día a la jineta con sus propios hermanos, reparó que en la confusión épica de las cargas a lanza era necesario un distintivo para no herir al camarada de armas. Nacieron así los colores tradicionales rojo y blanco. Y sobre esos colores el ingenio del criollo oriental bordó divisas con leyendas de entusiasmo partidario, de burla aviesa al enemigo, de requiebro viril a la muerte. Caballeros y gauchos,

hombres ecuestres al fin, confunden nuevamente sus seculares destinos.

Pero lo que da a la figura del caballero prevalencia egregia es la espiritualización de la mujer y su rendido amor hacia la misma.

Para los nobles terratenientes, sus esposas eran objetos más o menos amables que ocupaban un lugar en las alcobas y que los abastecían de hijos.

Para el caballero sin castillos, acostumbrado a las yacencias solitarias, la mujer era la dama de sus pensamientos, el sostén lejano de su brazo, el agua fresca de su sed, el ardiente sueño de sus noches y la devoción desmesurada de sus días. Por la mujer de su amor combatía a todos los contendientes y, ya vencidos, los obligaba a reconocer su sin par hermosura. Prendado generalmente de una mujer casada, la sublimizaba por una especie de *catharsis*, y era totalmente fiel a su dueña espiritual. El atleta de los torneos y el rudo lancero de las lides a campo abierto, tenía un devoto corazón de doncel. En medio de los tiempos bárbaros, su amor es cantado por los trovadores y en las cortes de Provenza comienza a florecer una poesía lírica inspirada por sus dulces fatigas eróticas. Las novelas bretonas, a su vez, al celebrar a los caballeros de la fabulosa corte del rey Arturo, los toman como ejemplo para los del oficio andante y hacen de la mujer el centro sonriente y delicado del mundo. ¿Y se quiere más ternura, más constancia y más bello adulterio que el del caballero Tristán y la castellana Isolda?

Solamente el hombre de a caballo puede desdoblarse de tal modo. Su rudeza de adalid esconde una consecuencia a toda prueba, un empedernido corazón.

El gaucho tiene también por la mujer un culto apasionado. Su compañera no es, como la triste hembra del inmigrante, que suda y gime sobre la

gleba, un mero instrumento de trabajo y un vientre prolífero. Posee el gaucho por su *china* una devoción melancólica e idealista; le canta vidalitas en las enramadas y estilos bajo las rojas lunas de primavera; cuando entra en pelea, sus pensamientos son para ella; cuando la fiesta rural estalla entre quitandas y vihuelas, la conduce en el baile con ademán altanero y complaciente; cuando la besa entre los jugosos pastos del crepúsculo, siente junto a su cuerpo el estremecimiento de las torcazas, la entrega cósmica de los frutos predestinados, el lenguaje elocuente de un amor que florece entre peligros y se dice adiós todas las auroras.

Libre vivir cabalgante y riesgoso, breve posesión y larga alabanza de la mujer, ánimo siempre listo para la actividad justiciera y desinterés por los bienes materiales: he aquí la tetralogía ilustre del caballero andante y del gaucho peregrino, que sobre los siglos tienden un cordial puente de comunión humana en desvelada prueba de valor y de amor.

VAGABUNDOS MEDIEVALES Y GAUCHOS RIOPLATENSES

Hay muchas maneras de interpretar la historia universal simplificando sus acontecimientos, tan imprevisibles y absurdos para quienes los viven como regulados y armoniosos para quienes los evocan. No se trata solamente de rescatar las grandezas seculares de su ceniza cotidiana ni de reducir a su delgada realidad los sueños de grandeza, sino de buscar el pulso de los tiempos, el ritmo de las culturas, los ciclos permanentes que se dibujan tras la hojarasca de los hombres y de los nombres. Ya Confucio hablaba en la vieja China de tres momentos fundamentales y reiterados en la vida de todos los pueblos: el Desor-

den, la Pequeña Tranquilidad y la Gran Semejanza. Y desde entonces los esquemas se han sucedido como intentos del afán humano por comprender racionalmente el pasado y predecir ideológicamente el porvenir.

Ya que se han elaborado tantas filosofías cíclicas de la historia basadas en dos, tres o cuatro períodos que se repiten y precipitan al fin un eterno retorno, puede hablarse sin temor a la herejía (y con pruebas plausibles) de épocas andariegas y épocas sedentarias, o, reduciendo la perspectiva, de pueblos andariegos y pueblos sedentarios coexistentes en una misma época.

Este esquema binario responde a la díada pascaliana de existencia paradisiaca y existencia decaída, a los períodos críticos y orgánicos de Saint-Simon y Comte, a las oscilaciones entre cultura y civilización de Spengler, a las épocas *Krita* y *Kali* de los *purana* indostánicos, a los *corsi* y *ricorsi* de Juan Bautista Vico, y a otros modelos, aunque no coincida con ellos.

Las épocas andariegas son de inestabilidad, de alma insatisfecha, de creación angustiada. El mundo de la cultura rueda por los caminos, a *plein air*; las palabras de los hombres se visten de imágenes, y antes que las viviendas para el cuerpo se alzan las catedrales del espíritu. Hay padecimiento e inseguridad, se vive dialogando con la muerte, pero cada minuto de vida fluye como una miel de gracia, como un torrente impetuoso.

Las épocas sedentarias son de solidez anímica, de seguridad material. La vida se guarece en las ciudades amparadas por la ley y el ímpetu viajero de las rutas se degrada y petrifica en el cuadriculado de las calles. La ciencia sucede a la poesía; la monotonía de la rutina a la delicia de la aventura; la calculadora raíz burocrática a la despreocupada flor del heroísmo. El camino amado por Don Quijote es reem-

plazado por la posada donde un ventero utilitario impone el decálogo del desencanto; el hombre que vive en la naturaleza da paso al que desea comprenderla como el sabio, acallarla como el asceta o desviarla como el hedonista.

Pocos filósofos de la historia supieron ver este contraste como lo hiciera Abenjaldún al trazar un paralelo entre los valientes beduínos del desierto y los refinados parásitos de las ciudades. El historiador bereber en sus *Prolegómenos históricos*, escritos en el siglo XIV, reduce a dos colores crudos los infinitos matices de la dinámica cultural. Y en sus páginas, llenas de atisbos geniales, los hombres-leones del Sahara se enfrentan a los hombres-zorros de los oasis urbanizados en un continuo flujo de oleadas épicas que conquistan a la ciudad para ser a su vez conquistadas por el ojeroso maleficio de la molicie y del pensamiento bizantino.

Vamos en busca del gaucho. Para llegar más fácilmente a él hagamos un rodeo, pues el camino más breve no siempre es el mejor. Ya lo dijo Keyserling: la ruta más corta para conocernos a nosotros mismos es dar la vuelta al mundo.

Dentro del espíritu andariego hay varias categorías, desde el misterioso *Wanderlust* que impulsa a los pueblos a descubrir el rostro inédito de la tierra hasta la inquietud individual de los "andarines".

En la familia de los tipos itinerantes se destacan con claridad el nómada y el vago. El nómada es un producto geográfico la mayoría de las veces. Toynbee lo ha descrito y descifrado en el capítulo de su *Estudio de la Historia* que trata de las "civilizaciones detenidas". El esquimal, el mongol y el polinesio, están en equilibrio con el medio, haciendo una pulseada prodigiosa con las potencias naturales, realizando un *tour de force* que los mantiene inmóviles sin avanzar y sin retroceder, desplegando una ener-

gía inútil, clavados como mariposas en el muestrario del heroísmo banal. Hay un nómada *a priori* y otro *a posteriori*. Entre ambos se erige la teoría de la ciudad. El nómada *a posteriori* es el nómada urbano, tan bien estudiado por Spengler en *La decadencia de Occidente*. Este nómada civilizado erra de continuo con su corta familia buscando alojamiento una y otra vez en los enormes termiteros de las viviendas colectivas, sobrecoigido por las bocinas que llaman al trabajo como las del zoológico al ritual de la pitanza, bajo noches sin estrellas y a lo largo de días escamoteados por el humo.

Pero el nómada físico que va con los suyos tras los rebaños y el espiritual, que explora los barrios pálidos de las ciudades, se diferencian a su vez del vago. El vago es un ser inadaptado, un marginal. Puede ser un enfermo, pero siempre es un hombre en conflicto con la sociedad que le rodea. A. Vexliard, en nuestros días le ha dedicado dos estudios muy completos. (*Introduction a la sociologie du vagabondage*, París 1956 y *Le clochard. Etude de psychologie sociale*, Brujas, 1957) y en el primero de ellos reconoce tres tipos de presiones sociales que impulsan al vagabundeo:

- 1) En la antigüedad los vagabundos eran esencialmente originados por las perturbaciones de orden político o por transformaciones jurídico-políticas; entre estos determinantes la institución de la esclavitud desempeñaba un papel protagónico.

- 2) En la Edad Media el vagabundo es alternativamente considerado ya como "el hombre de Dios" o "el flagelo de Dios", ya como el pecador que expía sus faltas. El vagabundeo está penetrado por un sentido religioso positivo o negativo.

- 3) A partir del siglo XIV el vagabundo, despojado de sus aureolas ideológicas, deja al descubier-

to la base económica de su estado, base presente también, aunque más disimulada, en los anteriores períodos.

Es posible establecer una serie de contrastes entre el nómada y el vago. La dinámica del nómada es colectiva; la del vago es individual. El nomadismo es una categoría impuesta por el clima, ya que el grupo entero emigra con sus rebaños tras el isócrono brotar de las hierbas; la vagancia es una patología psicosocial, dado que el vago rehuye al trabajo sistemático y a la disciplina solidaria de la comunidad. El nómada es el antepasado nómada del *Africa Minor*, que va en pos del *nomé*, el pasto que alimenta las ovejas y camellos; el vago es el *vacuus*, el hombre vacío, sin oficio y mal entretenido, y también el *vagus*, el viandante que camina de un lado a otro sin deliberado propósito y sin posible asentamiento.

Hubo una época en la cual el hombre y el paisaje se acariciaban mutuamente, como enamorados.

No había entonces prisa. La gente viajaba a pie, pasaba a través de todos sus sentidos los cuentos del rosario caminero, veía y tocaba el cuerpo humanizado de la tierra.

Don Miguel de Unamuno, vocacional viajero europeo, y por lo tanto pedestre, amaba esa perdida edad y la recreaba, sudoroso y devoto, por las rutas de España; muchos rioplatenses, esto es, hombres de a caballo, también queremos rescatarla, pero la soledad desamparada de la pampa o las cuchillas sólo nos entrega pedazos desnudos del planeta, potreros anchos y hondos sin la tercera dimensión de la historia, galopes y vientos desmemoriados.

La Edad Media fue posiblemente el tiempo de mayor auge de este andariego estilo de vida. El medievo hizo su civilización en los caminos y quienes nos lo quieren presentar como un período tenebroso, goteando humedad de celdas y sobrecogido por terro-

res teológicos, nos ofrecen sólo la mitad de un mundo. La otra mitad era dinámica, desenfadada, aventurera, romántica *avant le romantisme*, heroicamente curiosa y noblemente popular. Caballeros andantes, clérigos trotaconventos, juglares, trovadores, bufones, romeros, goliardos, pícaros, mercaderes y escolares en perpetua rabona se cruzaban en las sendas, confraternizaban en los mesones donde Chaucer aprendía los secretos de su narrativa e inauguraban los arrabales donde Villon repartía puñaladas y versos.

Pero no todos los caminantes eran distraídos haraganes de la *juventutis mundi*. Había también peligrosos "hombres que erran en los bosques" al decir de las Capitulares de Carlomagno y una fauna agresiva compuesta, según reza una Ordenanza de principios del siglo XVI, por "aventureros, vagabundos, pájaros perdidos, maleantes, abandonados a todos los vicios, ladrones, mendigos, raptos, violadores de doncellas, renegados de Dios, crueles, inhumanos, inmisericordes, haciendo del vicio virtud, lobos rapaces y dañosos para todos..."

Esta gran cofradía ambulante de almas insumisas y deshechos sociales se encarna en un personaje ficticio pero que para mí es más real que todas las sombras aventadas por el pampero de los siglos: me refiero al bello Goldmundo de la novela *Narciso y Goldmundo* de Hermann Hesse. Este escolar fugado del convento de Mariabronn es un arquetipo inolvidable de aquella ardida caterva de soñadores, artistas, donjuanes errantes y mendigos fabulosos que hacían de la libertad su indiscriminada divisa. La vida y los amores de Goldmundo son la sal de una edad adoctrinada por el renunciamento pero llena por dentro de vitalidad gozosa. Se dice que el Renacimiento fue el tiempo que a todos saciaba el gusto de vivir. En ese entonces la sociedad entera sentía aflo-

jar sus frenos. En cambio la gente de los caminos medievales vivió a contramano con su tiempo; fue la savia bochinchera de un árbol acoquinado por la muerte.

Cuando los vagabundos de los campos llegan a las ciudades forman Cortes de Milagros, pero el gremialismo no le sienta bien a esta especie individualista. La ciudad envilece la espontaneidad de los "pájaros perdidos" que se convierten en truhanes encontrados.

Los vagabundos de hoy son el *bichicome* criollo, que ve nacer su condición en el marinero degradado, resaca de la playa universal del vicio; el *clochard* europeo, que lleva en su nombre la ignominia de una tara (*cloche-pied* significa rengo); el *hobo* norteamericano, un ex-labrador expulsado del agro por la competencia de la máquina (*hobo* viene de *hoe-boy*, mozo de la azada, carpidor).

Todos estos desperdicios urbanos no tienen sitio en el Edén riesgoso del trotamundos medieval. Pero alguien, allá lejos y hace tiempo, como dijera Hudson, reencarnó en América al hijo de los caminos de la sedentaria Europa.

¿Quién puede negar que el gaucho fue un vagabundo? Contrariamente al peón conchabado en las estancias, maneado y domesticado, el gaucho no trabajaba y erraba de continuo, hilvanando lugares y hombres con el destino trotador de su tropilla. Dije que no trabajaba: ¿y es que acaso necesitaba hacerlo? Las haciendas, como el aire, eran un bien común. Hospitalidad había siempre, y cuando no, dormía bajo la noche abierta. Su deambular no tenía límites: el campo, jugosa copia del cielo, cielo mismo caído entre los toros, no conocía el recto tajo de los caminos. Todavía no había aparecido el alambrado y toda la penillanura era una senda indiferenciada, una rosa de los vientos florecida en los pastizales. El gau-

cho se asomaba a una cuchilla, la "coronaba" al decir de la orografía cimarrona, y desde allí, mascando el barbijo, miraba los humos lejanos, los ríos con su doble víbora de monte, los cascos de las estancias que prometían asados y jolgorios, las pulperías calientes de ginebra y payadores. Y luego de elegir su fugaz apeadero se dejaba ir despacio, desganado como la tardecita, pero lleno de novelería por dentro.

Y después de los contrapuntos y los fogones, después del amor revolcado en los macachines, de las pencas o del truco, que todos eran juegos de azar, otra vez la espuela y la coscoja, otra vez el deambular de un solo pelo, la noche caronera, el sueño mojado por el rocío.

El gaucho está metido en la naturaleza y se hace a su imagen y semejanza. El vaivén incesante de las cuchillas lo invitan a descubrir lo que esconden sus ondulaciones; el cielo estrellado lo orienta con su brújula de luz; el agua de los arroyos se le encharca en el alma y lo ensimisma en la búsqueda de un íntimo resplandor; las estaciones lo templan como a la hoja de un cuchillo; un inmenso camoatí de perfumes y sonidos le envuelve con las alusiones de un mundo claro y misterioso a un tiempo.

El vagabundo medieval es un conformista; en el gaucho late un revolucionario. Su caballo será el forjador de la independencia y el instrumento ciego de las guerras civiles. Y su brazo se prestará al combate, gozosamente, por el gusto bárbaro de sacarle lustre al machismo.

Este gaucho peregrino, jinete empedernido, haragán corajudo, se juega la vida en la taba de los días, atento sólo a la prenda del beso robado, a la cuerpeada lujosa del visteo, al corcovo artero del redomón. Cuando el alambrado lo detenga y el comisario lo persiga tendrá su compensación en las patriadas, detrás del caudillo y la divisa: entonces podrá

de nuevo recorrer el campo a los cuatro vientos y degollar reses ajenas. La carga de caballería y el vivac son una rehabilitación usuraria de la perdida vagancia y el tributo de la sangre es un liviano precio para comprar la antigua libertad.

Hay algunos acentos en la vocación errabunda del campesino oriental.

El gaucho es el vagabundo del campo abierto; el matrero es el vagabundo de los montes y las sierras; el cuatrero es el vagabundo de la noche; el malevo es el vagabundo del delito.

Pero el gaucho, en su pureza original (o en nuestra piedad nostálgica) se resiste a ser un delincuente: es un marginal económico, un desarraigado social, un solitario, un hombre que se basta a sí mismo.

Cuando el arrabal rioplatense reciba su destituida descendencia nacerá el compadre, otro vago, pero esta vez apeado y esquinero.

El compadre es un desocupado que juega a crecer en la admiración del pobrerío por el rabioso alarde de su coraje. Es así un peregrino vertical y no horizontal como su abuelo ecuestre. Está fondeado en el suburbio y para ser punto alto debe trepar a costa de otros guapos vencidos en combate singular. "A ver quien es más" es el lema del orillero. Ser más es andar admirativamente de boca en boca, circular entre el *sabalaje* con las mentas de la última hazaña. La vagancia es ahora una patología del valor, una crónica policial, un tango tristón. Y la *gayola* será la moraleja lacrimosa de una imposible readaptación social.

Pero en este momento ya nada queda del gaucho y su criolla caballería andante.

EL LLANERO VENEZOLANO

Para comprender plenamente la extinguida figura del gaucho rioplatense es menester compararla con representantes americanos y ecuménicos de otras culturas ecuestres.

El gaucho perteneció a la gran familia de hombres de a caballo que en nuestros días es barrida implacablemente del planeta por la marea agrícola y la técnica urbana. Casi todos los prototipos caballistas están extinguidos o en vías de serlo. A veces subsisten como recuerdo ornamental pero el geógrafo humano o el sociólogo que busquen los géneros de vida ecuestres en los antiguos hogares de las civilizaciones nacidas del galope de los caballos no hallarán más que residuos desnaturalizados o decadentes del esplendor de otrora. Es así como el gaucho y el llanero típicos han desaparecido y sus hermanos universales siguen idéntico destino, retardado a veces, pero no por ello menos fatal. El *cow-boy* americano es un espécimen cuasi circense; los cosacos sobreviven como reliquias folklóricas; los mongoles son obligados a sedentarizarse y a practicar la odiada agricultura; los clásicos *boers* sudafricanos se eclipsaron a fines del siglo XIX; el beduino se fija en los oasis de los desiertos de Afrasia; los *Gulyas* vaqueros y los *Czikos* cantados por Petoefi han abandonado la *Pusztá* húngara a los hijos del trigo y de la avena; los *sertanejos* del nordeste brasileño algún día irán a labrar las tierras irrigadas por el San Francisco, el futuro Tennessee sudamericano; el *huaso* chileno es desde hace tiempo un agricultor que en los días festivos se viste de jinete cordobés; los *boundary-riders* que cabalgaban en el *bush* semidesierto de Australia reparan hoy las alambradas anticonejeras de los *runs* o potreros del *squatter* terrateniente; el *campino* portugués de las riberas del Tajo, el vaquero andaluz,

el *goajiro* cubano y el *charro* "jaripeador" de México son meros supérstites arqueológicos o retazos adjetivos de una especie aniquilada por la agricultura victoriosa.

El llanero, entre todos estos prototipos, es el que más se asemeja al gaucho rioplatense. Para evocar su tránsito cultural y su psicología ecuestre trasladémonos al escenario geográfico de los llanos y alumbremos las etapas históricas de la sociedad allí forjada.

Venezuela es un país de relieve múltiple y de regiones geográficas netamente diferenciadas. Según las metáforas de geógrafos con imaginación poética y de escritores con sensibilidad geográfica, Venezuela tiene la forma de una hoja acorazonada cuyo nervio es el Orinoco, o parece un hacha enastada por el cabo del Territorio Amazonas, cuyo peto son los Andes y cuya acerada pala embiste las verdes olas del mar, o, como lo quiere Picón Salas, es un cuero de los llanos achicharrado por el sol.

Los geógrafos puros son menos virtuosos pero más incisivos y es así como Preston James (*Latin America*, New York 1942) distingue cuatro regiones perfectamente definidas en el territorio venezolano: las tierras altas, que subdivide en centrales, del Noroeste, de Segovia y de la Sierra Nevada de Mérida; las tierras bajas de Maracaibo; los llanos del Orinoco; el macizo de la Guayana.

Los llanos, única región que debe interesarnos, se extienden entre las tierras altas y el Orinoco y, pese a un idéntico tipo de clima, presentan distintas configuraciones morfológicas y poseen formaciones vegetales diversas. Los geógrafos venezolanos del siglo pasado hablaban de cuatro subllanuras: las de Cumaná y Barcelona donde alternan grandes arenas con mesetas herbosas, escarpados farallones y mochas colinetas; las de Carabobo y Barinas, que se ven interrumpidas de trecho en trecho por bajas se-

rranías de piedra caliza; las del Orinoco y el Caura, pantanosas y bajas y, finalmente, el gran llano por excelencia, la vasta región del Guárico y del Alto y Bajo Apure, la cuna de los llaneros legítimos y temerarios.

En nuestros días, con un criterio más simplista, se les divide en llanos de Oriente y llanos de Occidente, y todas las alturas tabulares que rompen la monotonía del llano son incluidas en la denominación común de bancos.

Los llanos están surcados por lentos y majestuosos ríos entrecortados por "caños", denominación que incluye a los antiguos lechos fluviales y a un sistema capilar de canales que irrigan la dilatada estepa.

El llano, como lo dice su nombre, es una planicie infinita. Sólo se ve cielo y pasto. A veces, una selva de galería, fiel acompañante de los ríos, levanta su verde masa en el horizonte o una "mata" de árboles aislados forma una isleta en medio del océano de hierbas.

La asociación vegetal predominante es la "savana", voz caribe que significa llanura herbosa, salpicada de árboles dispersos, pero a esta asociación se suman los pajonales cercanos al bosque fluvial, los "chaparrales" de arbustos rastreros, los esteros colmados de *Oriza Satyva* y *Paspalum fasciculatum*, los "morichales", verdaderos oasis de palmeras Moriche (*Mauritia flexuosa*) congregados en derredor de manantiales y bajíos, las "matas" arbóreas donde se columpian el Jacarandá y los Cujíes.

Sin embargo, todo lo antedicho debe comprenderse en función del régimen climático que determina la vigencia pendular de dos mundos opuestos en las soledades llaneras.

Hasta ahora ninguna descripción de las estaciones llaneras, el invierno seco y el verano lluvioso que le confieren caracteres esteparios a la región, ha su-

perado en grandiosidad a la efectuada por Humboldt en sus *Cuadros de la Naturaleza*.

El insigne viajero y naturalista alemán advierte que los llanos cada seis meses aparecen ora desolados como los mares de arena de Libia, ora transformados en floridas praderas como las estepas del Asia Central.

Durante la estación seca, que dura desde noviembre a mayo, el llano languidece paulatinamente. Desaparecen las lagunas, la vegetación amarillea, los pastos perecen. El ganado, enloquecido por la sed y el hambre, perseguido de día por las moscas y desangrado de noche por los vampiros, trota melancólicamente sobre rojizos colchones de polvo o atraviesa grandes mapas de tierra compacta y agrietada en busca de frescura y el amparo de los últimos "caños". Muegen los toros escuálidos y los padrotes capitanes de los "hatajos" ventean desesperadamente para orientar a las yeguas hacia los charcos palúdicos. El caimán y la boa se entierra en la arcilla y se alestargan pesadamente, presidiendo desde sus tumbas estacionales la declinación agonizante de la naturaleza.

La sabana entera, con sus faunas y sus floras, se arrodilla bajo el cielo implacable mientras que un sol inyectado de sangre resplandece como el ojo de un cíclope en la tersa frente de los mediodías.

Pero hacia fines de febrero y a principios de marzo la atmósfera comienza a empañarse. "Apenas si se puede reconocer en la noche la mancha de la Cruz del Sur. La dulce fosforecencia de la nebulosa de Magallanes pierde su brillo. Las constelaciones del Aguila y del Serpentario despiden en el cenit mismo una luz centelleante que no se parece a las luces planetarias. Hacia el sur algunas nubes aisladas se alzan perpendicularmente al horizonte, haciendo los efectos de montañas lejanas. Densos vapores se

extienden poco a poco a modo de neblina hacia el cenit. El ruido de los truenos a lo lejos anuncia la lluvia que ha de reparar la tierra".

Y la lluvia entonces llega para terminar con la sed y la sequía. El mundo animal y el vegetal renacen con pujante brío. Los toros en brama lanzan sus pitazos, las serpientes cambian su gastada camisa por una piel suave y sedosa, los *araguatos* o monos aulladores conmueven las barras del día con sus coros estridentes, las tropas de venados se encaminan con lentitud hacia las "mesas".

El clima extremoso abre los grifos del cielo y el llano se humedece primero, se empapa luego y finalmente, cuando los ríos y caños salen de madre, se inunda de modo casi total.

Comienzan entonces el éxodo y la diáspora del verano acuático. Los ganados huyen a los oteros y allí tiritan de espanto y de debilidad, imposibilitados de comer otras hierbas que las ofrecidas por las "mesas" congestionadas de vacunos y caballares. Cesa el deambular ecuestre del habitante del llano y aparecen los bongos, las canoas de junco cienaguero, las curiaras veleras. Una pequeña y primitiva Venecia irrumpe en las poblaciones construídas sobre pilotines. Sólo la iguana, el oso palmero y el mono aullador, refugiados en la copa de los árboles, permanecen en los llanos. Todos los demás habitantes emigran a las partes altas para luchar entre sí por un palmo de tierra, por una mata de pasto, por una escapatoria de la Némesis fluvial.

En este escenario de contrastes y sobresaltos el llanero cumplió su parábola histórica. Pero no es sólo a la naturaleza que debemos interrogar para explicar las peculiaridades sociales de este tipo humano. Entre la naturaleza y el hombre la ganadería extendió su anillo económico condicionado lo que Picón

Salas ha llamado acertadamente una "civilización del calor".

La ganadería vacuna y caballar fue introducida en los llanos por Cristóbal Rodríguez en el año 1530. Se cumplía así la tercera etapa de su penetración en Tierra Firme: de las dehesas andaluzas a la Isla la Española, de la Española a las encomiendas de los valles serranos, de las encomiendas a las sabanas. Siguiendo el curso del río Guárico, al sur de Caracas, en un sitio llamado Uverito, Cristóbal Rodríguez contempla el vasto llano empastado y suelta allí dieciocho vacas paridas, diez yeguas jerezanas y dos potros. Y desde ese momento los ganados —y no los hombres— comienzan la conquista secreta del desierto hasta entonces en manos de los indios Achaguas. Tras las huellas de la riqueza semoviente marcharán decenios más tarde los fundadores de hatos como lo hicieron los fundadores de estancias en las pampas y cuchillas rioplatenses.

El doble fenómeno de la barbarización humana y animal anotada por Toynbee se cumplirá también en los llanos.

Los hombres olvidarán las normas comunitarias de la costa, dejarán de lado las enseñanzas de una tradición inservible en ese medio, se harán semi-indios luchando con los indios, se plegarán miméticamente a los imperativos de la soledad y la distancia, y los animales, por su parte, al volverse cimarrones, retornarán a su salvaje condición preneolítica, perderán los rasgos otorgados por el refinamiento zootécnico, se adaptarán a las correrías esteparias, esquivarán a las especies predatorias, readquirirán los instintos entenebrecidos por una cautividad varias veces milenaria.

El llanero, a un tiempo conquistador y conquistado por el llano, es el tipo resultante de la fusión

de tres etnias y de la reiterada práctica de la ganadería extensiva.

Desde la hora inicial de Uverito, el español comenzó a seguir las huellas del ganado introduciéndose paulatinamente en las enormes praderas y experimentando en carne propia el torniquete ascético de la sequía y la embestida periódica de las inundaciones. Pese al rico limo depositado por los ríos no fue, como el egipcio, un agricultor sedentario porque lo desarraigaba el caballo, y, pese a la riqueza pecuaria, no fue un corambrero porque no podía sacar los cueros del marginal y lejano vientre de las sabanas. Se concretó entonces a fundar hatos de cría para explotar los recursos de la ganadería cimarrona y, servido por indios sabaneros y capataces negros, hizo surgir las "queseras" y los "corrales de ordeño". El caballo fue su más importante instrumento de trabajo, su aliado en las extensiones infinitas, su compañero en la brava lucha para doblegar al toro, su "bestia" fiel para cuerpear al tigre, para vadear el río, para vencer las distancias oceánicas que existían entre los tenues islotes de los hatos.

El descendiente de aquellos españoles andaluces, de indios palafíticos y de negros africanos, el retoño criollo surgido de la fusión de las tres razas de Noé, fue el llanero, símbolo de un encuentro planetario de sangres y de una recapitulación de culturas.

Refiriéndose a la mezcla antropológica de estas tres razas, Daniel Mendoza, con más poesía que verdad científica dice que "el llanero resulta pícaro y socarrón algunas veces. Y ese es el atavismo del pechero (el plebeyo español que pagaba tributos). Otras, indómito y bravío; y esa es la sangre india batiéndose desesperadamente en la defensa de su independencia y de su suelo. Otras, pensativo y hosco, casi sombrío, se ve en el fondo de sus ojos el alma de una incógnita tristeza; esa es la pesadumbre

del negro atado por la cadena de la esclavitud" (*El llanero*, Caracas, 1946).

Retratos cabales de llaneros son el Pajarote de *Doña Bárbara* y Cantaclaro, personaje de la novela homónima. Rómulo Gallegos supo calar profundamente en el espíritu de los jinetes sabaneros y en sus libros dedicados a la epopeya labrcal y guerrera de los llanos se respira un perfume violento de varones ardorosos, formados en una escuela de rudo individualismo, acostumbrados a lidiar contra la naturaleza física, contra las bestias y contra sus propios semejantes.

El llanero forma con su caballo una unidad indisoluble mientras el llano es transitable. Después se hace canoero y muestra la otra faz de su personalidad anfibia. Es un hombre de tierra y de agua, un demiurgo que como los dioses cosmogónicos debe hacer brotar del caos un lugar firme donde asentar su planta y una víctima de los diluvios que le roban la faz de la tierra tan duramente conquistada.

El llanero, sin embargo, no es un ser adusto y apocalíptico. Es cantor, es bailarín, es un viviente de palabra florida y copla retozona. Ha heredado del español la guitarra y el arpa, instrumentos que fabrica con sus manos habilidosas, y del aborigen ha recibido las maracas que acompañan las improvisaciones.

Fiel a los caudillos militó primero con Boves contra las fuerzas de la independencia surgidas en las ciudades y finalmente, ganado por el arrojo y la bonhomía del "catire" Páez, se cubrió de gloria en las Mucuritas, en Queseras del Medio, en Mata de Miel, en cien combates desaparejos emparejados por su coraje centelleante y su destreza ecuestre.

Luego las guerras civiles, como sucediera con el gaucho en el Río de la Plata, le vieron agitar la bandera iracunda y desinteresada de su cuerpo, car-

gando siempre a lanza seca, combatiendo sin desmayo bajo las órdenes de los señores feudales, sembrando de osamentas el Alto Llano, la Cordillera y la Costa de su patria convulsa.

Los realistas españoles y los elementos oligárquicos de las ciudades juzgaron al llanero con saña despectiva e incomprensión clasista.

El Teniente General Pablo Morillo dejó una vívida pintura que traduce sus encontrados sentimientos de admiración y despecho:

“Los rebeldes del Apure y del Arauca, gente feroz y perezosa, que aún en tiempos de paz han errado en caravana por la inmensa extensión de las llanuras, robando y saqueando los hatos y las poblaciones inmediatas, han encontrado en la guerra una ocasión muy favorable para vivir conforme a sus deseos e inclinaciones. Hubo un hombre que supo conocerlos, reunirlos y hacerlos pelear por la causa del rey, con la esperanza del saqueo y del pillaje, que es el móvil que los anima. Este fue el difunto coronel Don José Tomás Boves que, hallándose en el Apure cuando Bolívar y los demás caudillos rebeldes dominaban estas provincias, se puso a la cabeza de estos mismos llaneros que hoy nos hacen la guerra y señalándoles los pueblos opuestos del interior los condujo a ellos y acabó con los traidores.

Pero restablecido el gobierno legítimo (esto es el real, clausurado así el período de la “patria boba”) volvieron a su país estos hombres que no pueden vivir sino a caballo ni en otra parte que en sus llanos, entre las vacas y el ganado, y fueron poco a poco reuniéndose en pequeñas partidas proclamando la independencia, que era la voz con que se podía robar”.

Por su parte el escritor costumbrista Francisco de Sales Pérez lanzó el ciudadano grito de “Viva la libertad, muera el ganado”, traduciendo así el re-

sentimiento de las clases burguesas ante la inconstancia llanera.

Pero la libertad y la independencia del llanero radicaban en la libre posesión de sus sabanas, en el alarido de los caudillos que hablaban su mismo lenguaje y los llevaban a la guerra contra los hombres, contra los "espantos", y contra el mismo Diablo si era preciso. La guerra, tanto para el llanero como para el gaucho, significó comida abundante, saqueo del poderoso, retorno al edén perdido del ganado común y al hato o estancia compartidos con los barones terratenientes. En el fondo de su rebelión latía una protesta social y una penuria económica. Pero eso no se vio entonces, o no se quiso ver.

Contrapuesto al llanero ecuestre existe en el mismo llano otro personaje, una especie de hermano disminuído de aquél. Es el "veguero", el agricultor vernáculo, el sedentario que desestima la vida rauda de los grandes galopes y de las gestas ganaderas. El veguero le teme a los caballos, se cría entre las mujeres y se dedica a sembrar las huertas, a cuidar las plantaciones de plátanos, a recoger los "jojotos" de maíz tierno.

El llanero no admira al veguero pero tampoco lo desprecia. Lo considera como un ser complementario. Es un hombre manso que cultiva la tierra, un alma humilde que se inclina sobre el surco y atenúa la dieta carnívora de los montados con frutos y hortalizas. Consumido por la malaria, aferrado a su pacífica azada, es un Caín que sobrevive por la merced de Abel.

Hoy las grandes ciudades llaneras de otrora están en ruinas, los hatos se han despoblado succionados por el *rush* petrolero, por el régimen capitalista adueñado de la tierra y por la malaria triunfadora. El alma llanera, empero, no está muerta. Y cuando el paisano ecuestre viste su "liqui-liqui" y baila jo-

ropos bajo las lunas rojas, del fondo de la sábana inmensa llegan el latir de un galope y el mugido de un toro mitológico que estremecen los espíritus con el recuerdo de un ayer lleno de abundancia y gloria y con la nostalgia de una libertad perdida que algún día se habrá de reconquistar.

EL VAQUEIRO NORDESTINO

En los sertões del nordeste brasileño se desarrolla uno de los más conmovedores capítulos de la antropología cultural de los pueblos ecuestres.

El caballista americano, que cruza con libérrimo impulso los llanos del Orinoco, la pampa argentina, la penillanura uruguaya o las *coxilhas* riograndenses, está representado en el nordeste del Brasil por un espécimen extraño, fruto de los géneros de vida sujetos al cepo de una tierra y de un clima rigurosos.

Hay, dentro de la común denominación de nordeste, dos regiones perfectamente caracterizadas en la geografía brasileña. Una es la costera, la agrícola, la abonada por la presencia secular de los africanos trasplantados; la otra en la interior, la ganaderil, el escenario de la aventura vital y el padecimiento telúrico del *caboclo*.

En la región costanera el clima es tropical; en la interior el clima es desértico. Sobre los verdes abanicos del mar, en la Bahía de Todos los Santos, se despliegan la media luna melódica y laboral de la caña de azúcar, la plétora del alma mulata, el fetichismo negro del *Recôncavo*; en medio de las soledades calcinadas y feroces de las *caatingas*, vegeta un pueblo exaltado por los delirios de la sed y el hambre, torturado por el periódico fantasma de la sequía, que lanza a sus hijos ecuestres hacia los ser-

tones, como catapultas, para cumplir una epopeya que admira y sobrecoge, que entristece y entusiasma a un tiempo.

En el Nordeste mediterráneo se contemplan, cara a cara, un cielo abrasador y el esqueleto del planeta. El antiguo macizo cristalino asoma en las *chapadas* como un hueso sin pulpa, como un carozo sin carne. En algunas regiones se sobreponen a esta desnudez desolada del fundamento azoico estratos escalonados del mesozoico y del paleozoico, pero predomina, con abrumadora frecuencia, la osatura primigenia de nuestra apagada estrella.

Las rocas reciben en el verano, durante las largas horas del día, el apuñalamiento candente de los rayos solares, y por la noche, ya que no hay amortiguadores higrométricos, la caldeada superficie rupestres se enfría velozmente rajando y acuchillando las peñas, esta vez con los puñales del frío repentino.

Y al llegar las lluvias invernales, semejantes a veces a las de los primeros milenios de la creación, cuando aún la tierra era una roja y luciente avellana, entonces, en medio de columnas de vapor, las rocas entrechocan sus colmillos agudos. Entre los portales de esa dentadura ruinosa saltan escupitajos de cuarzo hacia el cielo encendido por los rayos y las bisagras del feldespató, al abrirse, muestran las obras de los genios de la injuria y la desmesura, las agrias heridas del encarnizamiento.

Sobre este horizonte geológico dispuesto orográficamente en *chapadas* y *taboleiros* escalonados desde el interior hacia la costa y excavados por el lecho de ríos que como el San Francisco siempre corren por cauces intermitentes que rebosan con las lluvias y perecen con las sequías; sobre este mandil planetario que abarca más de medio millón de kilómetros cuadrados y que cubre zonas de siete Estados del

Brasil, se conjugan tres tipos de vegetación: los *agrestes*, los *gerais* y las *caatingas*.

Los *agrestes* constituyen la empanada botánica que florece entre el lujuriente *mato* costero y la esterilidad afrentosa del *sertão*. Martius denominó a esta zona con el poético nombre de *Hamadryades* y ella participa de la envergadura de los umbrales de la selva con sus palmáceas de diez metros de altura y de la mezquindad de las *caatingas* con sus enanos tufos subxerófilos.

Estos parques brotados sobre un suelo pedregoso y árido, cubiertos de bellas y grandes flores amarillentas, en el pasado ejercían alguna influencia higrométrica sobre el aire ferozmente reseco, pero siglo tras siglo fueron abatidos por las deforestaciones indiscriminadas y hoy ocupan un área mucho menor que la cubierta cuatrocientos años atrás.

Los *gerais*, o *campos gerais*, alfombran las cimas mesetiformes de las sierras que, a horcajadas entre los *agrestes* y las *caatingas*, le dicen adiós a las zonas del agua con el muñón de sus pastizales rudos, con los plumeros de sus apretadas maciegas, con sus jopos hirsutos de *capim*.

Después de estos verdes miradores, donde el humus tiende una delgadísima alfombra y la humedad aun despliega nostálgicos pañuelos, se encuentran las *chapadas* inhospitalarias, el mundo ceniciento de la *caatinga*, el reino martirizado del *sertão*.

Los sertanejos le llaman al año "del seco al verde" porque esos son los extremos de su contorno espinoso.

La *Sylva Horrida*, que así Martius denominó a la *caatinga*; la Selva Blanca, como resulta de su traducción, tiene según Saint-Hilaire "toda la melancolía de los inviernos con un sol abrasador y los bochornos del verano".

Sin embargo, durante los tres meses del invierno, cuando éste es llovedor, la flora raquítica beneficiada por las aguas se cubre con un manto de verdes profusos y sonrientes. Aparece, sobre la dura panoplia del suelo, una asociación rastrera de hierbas llamada *babugem*; los rígidos troncos de la vegetación xerófila se visten con las hojas de la alimenticia *rama*, tan codiciada por los animales y hombres del *sertão*, y por breves semanas la caatinga resplandece con traje de fiesta y alegría de cantos.

Pero sobreviene después el verano. Un verano de 9, 15 o 20 meses, sin una gota de agua, tremendamente cálido y agobiador. La flora entonces aparece como lo que es: una alambrada de guerra, un inmóvil caos de tallos magros y espinosos, un bosque lisiado, retorcido, que más que alzarse sobre los *taboleiros* se aplasta sobre ellos con paroxismos de histeria o resignación de fakir. Los indígenas la llaman *caatanduva*, esto es, selva enferma, y razón tienen en denominarla así.

Bajo este cielo luminoso y deslumbrante, sobre esta tierra de universo en derrota, avara y cruel, circundada por candelabros de cactus y arbustos ofensivos, ha prosperado, sin embargo, una de las más singulares comunidades ecuestres: la de los *sertanejos*, la de los cruzados de la sed, la de los caballeros del cuero.

La historia del *sertão* es tan peculiar y apasionante como su geografía.

La formación política del Brasil y el desbravamiento económico de su interior se debe a los esfuerzos de dos núcleos humanos aposentados en regiones distintas: los paulistas *bandeirantes* y los *sertanistas* —y no *sertanejos*— nordestinos. Los paulistas, al

mezclar su sangre con el indio engendran el *mameluco*, y los sertanistas originan el *caboclo*. Tal es el itinerario étnico de dos mezclas raciales, pero el derrotero cartográfico nos muestra las navegaciones posteriores de estos mestizos audaces a lo largo del San Francisco, el río de la unidad nacional. Los paulistas bajan sus aguas y los sertanistas las remontan. Se encuentran así en el medio San Francisco, la futura zona ganadera por excelencia, cruzando sus caminos y sus voluntades. Pero el paulista es móvil por idiosincrasia y codicia, mientras el sertanista lo es por necesidad. El paulista descubre, saquea y pasa; el sertanista descubre, ocupa y queda.

Descendientes del antiguo sertanista son los *sertanejos* actuales en su doble tipología: la laboral y la insurgente. De la cepa laboral emergen el *vaqueiro* y sus variedades; de la insurgente, el *cangaço* y su secuela de bandolerismo.

El *vaqueiro* es, antropológicamente, un producto biétnico, cruza de blanco e indio, y, económicamente, un escalón intermedio entre el *fazendeiro* y el peón. Poca sangre negra hay en el *sertão* aunque de tarde en tarde se ven magníficos jinetes de ébano, como mi lejano amigo João "*pau de fumo*" que me ofreció su *cachaça* y me prestó su caballo en un tórrido mediodía de febrero.

La ganadería fué ejercida desde temprano por hombres blancos que hicieron volar su genésico polen aventurero sobre las matrices indígenas. Por eso el tipo emergente fué el *caboclo* (de *cac-boc*, salido de la selva), medianero entre el recolector *tapuya* aborígen y el *labrego*, *chumbeiro* o *modrongo*, que así se le llamó respectivamente al portugués.

El *vaqueiro*, fuera de constituir un tipo étnico y una reserva espiritual del brasileñismo terruñero, también configura, o configuraba, un tipo económico especial. Contrariamente al *fazendeiro* sudista, el

nordestino no vive en sus posesiones. Reside en la ciudad y son los *vaqueiros* quienes atienden sus establecimientos. No puede resistir el terrateniente los avatares de esa clima, ni la monotonía cáustica de esos paisajes, ni el peso de los trabajos que impone la pecuaria sertaneja. Pero sabe, avezado filibustero al fin, que sus caboclos honrados y sufridos harán a conciencia la labor y los colocan en sus fundos como *vaqueiros*.

Hasta hace poco tiempo, y la costumbre subsiste todavía en muchos lugares, el *vaqueiro* se contentaba con la *partilha*, operada por medio de la *quartição*.

La *partilha* consiste en esto: de cada cuatro vacunos que nacen, tres son marcados con el hierro del patrón y el cuarto con el del *vaqueiro*. La *quartição* es el procedimiento de sorteo por el cual se opera la *partilha*. En cuatro papelitos se escriben los nombres de las cuatro vacas madres de las crías en juego. Retirado uno, el nombre correspondiente indica al *vaqueiro* con qué ternero se debe quedar.

Actualmente este primitivo método retributivo es paulatinamente sustituido por el salario mensual. Y el *vaqueiro*, tan orgulloso de su condición secular, vuelve a ser nada más que un peón.

La ganadería del *sertão* tiene, necesariamente, un carácter bárbaro, azaroso y de ilimitada rusticidad.

El ganado utilizado es el criollo, de *pe duro*; de finas y altas patas, aptas para las peregrinaciones en busca del *capim* alimenticio o del agua codiciada; de cuero espeso para desafiar los agujones botánicos del cactario circundante; de peso reducido para exponer poca superficie al sol y deambular ágilmente en un escenario riesgoso.

Cada animal vacuno necesita de tres a seis hectáreas para su mantención; súmese a esto la ausen-

cia de madera y la necesidad de emigrar en época de sequía y se comprenderá por qué en el *sertão* no hay cercados de ninguna clase.

El ganado de corte se pierde, pues, en las soledades espinosas del *sertão*, y el ganado de cría, el manso, pace en los alrededores de la *fazenda*, haciendo sonar cencerros o *chocalhos* para que el *vaqueiro* lo descubra, o concurriendo de por sí a los corrales al sonido del *berrante*, un instrumento de aire fabricado con el cuerno de un toro.

El *vaqueiro*, para actuar en este paisaje agresivo, va vestido de cuero de pies a cabeza. Sombrero pequeño y cónico de cuero, pechera y saco de cuero, zamarros de cuero, guantes y guarda pies de cuero. Su caballo esmirriado e infatigable, también es provisto de un pectoral, de rodilleras y de testera de cuero. Así cubiertos, ambos están armados con su traje de batalla, prontos para afrontar las púas de la vegetación xerófila.

La parada de rodeo, luego de vaciar las *caatingas* de animales alzados, es una tarea heroica.

Toda *vaquejada* tiene visos de epopeya y drama. Cuando una res "entra en el despotismo", esto es, cuando huye del *vaqueiro*, reacia a encaminarse al sitio de la yerra, caballo y jinete, formando una sola masa, se disparan como un proyectil *caatinga* adentro, sin esquivar las cactáceas crueles. Diez, veinte veces al cabo del día repite el *vaqueiro* esta operación, enhorquetado en su *quartau* valeroso, de secos remos, pequeña alzada y cabeza enorme, pero de inmenso corazón y notable resistencia.

Son famosas y temibles las pegadas de las tropas nordestinas. La *pegada* es la estampida general, la disparada solidaria del ganado *sertão* adentro. Para juntar nuevamente ese turbión de nervios, guampas, pezuñas y pavor zoológico se necesitan virtudes ecuestres excepcionales. Porque se trata de conte-

ner una ola oscura y mugiente no en llanuras abiertas como las del Apure o del Río de la Plata, sino en un anfiteatro de piedras agudas, de troncos que esgrimen puñales, de cirios defendidos por clavos urticantes y bajo un sol rojo, satánico, sañudo, alucinante, que consume la carne y raja las peñas, que hunde sus raíces de plomo derretido en los cuerpos cubiertos por los carapachos de cuero y clava sus uñas en los ojos y en los tuétanos del sufrido jinete sertanero.

Ahora el *vaqueiro* ha repuntado el ganado y lo conduce según el estilo característico de ese universo fatigado y fatigante.

Delante de la tropa va el *aboiado*, que es el *fretreiro* o tropero encabezador de la vacada. El *aboiado* grita ê, ê, ê, con voz cansina, monocorde, aplacadora. Derrama su cantilena rítmica sobre la inquietud de las bestias magras y dispuestas a distenderse en cualquier instante como un músculo ciego. Detrás de la tropa cabalga el *tangerino*, que con otro grito más agudo, frecuente e incitante *tange* a los animales, esto es, los arrea, los urge, los empuja. Y a los flancos de la vacada, como paredes humanas, marchan los *esteiras*, doblegados sobre los rústicos arzones, con ese desmadejamiento típico de los sertanejos, pero prontos para quebrar los intentos de la res que quiera desmandarse, precipitando tras su fuga la de todo el ejército vacuno.

Avanza la caravana de hombres y de bestias, de chispas y de polvo, de cantos y de mugidos, en medio de la tarde ardiente. Rumbea al mercado de haciendas de alguna macilenta ciudad del *sertão*, donde se venderán las reses adultas. El peso medio de estos animales no sobrepasa los 110 kilos: son puro hueso, guampa y nervio. Lo demás, carne, gordura y sebo, se lo llevó el calor, la espina, la peregrinación en

pos del agua, la secular adaptación a un *habitat* inhospitalario y yermo.

Hay en la literatura brasileña dos personajes que representan cabalmente dos latitudes morales del hombre de tierra adentro y dos regiones de la geografía humana del Brasil. El uno es *Jeca-Tatú*, creado por Monteiro Lobato, y el otro, *Mané-chique-chique*, debido a la pluma de Idelfonso Albano. Ambos, nacidos de la intimidad del libro, han trascendido a la universalidad de los símbolos.

Jeca-Tatú es el *piraquara* del Paraíba del Sur, el paisano indiferente, amodorrado, "que no canta, que no ríe, que no ama", el único ser "que no vive en medio de tanta vida", el hombre vencido por una naturaleza "tan rica en forma y colores". Es también el exponente de la pobreza, del hambre y sobre todo, del subdesarrollo económico y social de América Latina, aunque Monteiro Lobato no lo diga explícitamente.

Mané-chique-chique es el caboclo sertanero, "sobrio y resistente, tenaz y rudo, fuerte y valeroso", formado en "la escuela áspera del sufrimiento".

El *chique-chique* es un cardo del *sertão*. Nace y prospera en cualquier terreno y condición. La seca más devastadora no lo vulnera pues sus raíces se abren paso entre las piedras, se hunden como buzos vegetales en el océano geológico y buscan el agua remota a inverosímiles profundidades. Siempre conserva su ropaje verde aunque en su derredor la *caatinga* cenicienta se arrodille y brome de sed. Quien no sabe asir el tallo de este botánico hijo del *sertão* se hiere sin remedio. Quien sabe, en cambio, lo toma sin dificultad. Es el *chique-chique* alimento de hombres y bestias, y cultivado se convierte en planta mansa, doméstica, desprovista de espinas. En la época de las vacas gordas todos lo desestiman, pero cuando la sequía aprieta, todos corren hacia él. De

igual modo, *Mané chique-chique*, el caboclo brasileño, brota y prospera en cualquier tierra. Pero entre todas prefiere la región rupestre del nordeste árido. Modesto como el cardo, nadie piensa en él en las horas de bonanza. Pero cuando llega el momento de jugarse el pellejo, "*quando a cabrada fecha o samba*", los políticos se acuerdan de su arrojo, de su desinterés, de su pertinacia temeraria. Y entonces su sangre se derrama generosamente en el escenario de las luchas enconadas, tal como la simiente del *chique-chique* vuela sobre la inmensidad de las *caatingas*.

El sertanejo "*forte e destemido*" conoce también otras variedades tipológicas, además de la del *vaqueiro*. Hay un hemisferio de locura mística y de bandolerismo que complementa, clausura y en cierto modo corrobora el ambiente desmesurado donde actúan los hombres y mujeres de este mundo sediento.

La vena mística y profética engendra a los predicadores, a los santones, a los monjes alucinados, a los Pedros Ermitaños de las cruzadas hacia la histeria colectiva. Leyendo los libros de Euclýdes da Cunha, de Djacir Menezes o de Floro Bartolomeu da Costa, en los cuales se cuentan las andanzas de barbudos ascetas que desencadenaron psicosis multitudinarias y soliviantaron rebaños de creyentes se recuerda aquellas magistrales páginas que dedicara Ernesto Renán en su *Historia del Pueblo de Israel* a la travesía del desierto encabezada por Moisés, cuando la sed fanatizaba a las tribus y una divinidad de iras, de zarzas y de soledades crecía en los espíritus con el nombre de Jehová.

En el *sertão* también hay sed, calor y zarzas; pero las tierras prometidas no se encuentran, como el antepasado Canaán, en un valle tangible que destile leche y miel: sólo existen en el oscuro ensueño de una mágica e ideal Edad de Oro que brota en las almas cautivadas por los Antonio Conselheiro, por

los Padres Cícero o por los Beatos José Lourenco. Las turbas hambrientas e ignorantes, poseídas por un furor sagrado, sacudidas por espasmos místicos, aullando, rezando, cayendo, sangrando y flagelando sus carnes, ruedan deslumbradas tras la huella de los caudillos carismáticos que les prometen cielos de frescura eterna, de abundancia alimenticia, de agua cristalina, de salud milagrosa. Y entonces los campesinos que apenas sabían construir una mala choza levantan, dirigidos por "ángeles" arquitectos, santas ciudades en medio de los desiertos pedregales y, al cabo de pocas semanas, erigen iglesias que resplandecen en las *caatingas* como blancos hongos fantásticos. Los santones disciplinan a sus hordas; organizan el saqueo sistemático de las *fazendas* vecinas para procurarles alimentos; proporcionan a las colectividades bajo su mando una economía totalmente comunitaria, como las del antiguo mir ruso, del ayllu incásico o de la zadruga yugoslava, y atruenan el *sertão* con el rumor sus acólitos hasta que llegan las fuerzas federales y los dispersan a balazo limpio y bayoneta calada.

El bandolerismo es otra de las enfermedades endémicas, otra de las patologías sociales del *sertão*. Muchas causas lo abonan; la tolerancia de los antiguos señores de horca y cuchillo que necesitaban hombres de acción para utilizarlos como *capangas*; las discordias seculares entre familias, sacudidas por "vendettas" y degollamientos en masa que sobrecogerían la imaginación del propio autor de El Jardín de los Suplicios; la miseria, que arroja al bandolerismo a los que no se someten a su imperio de capa raída. Y tras las causas primarias, las secundarias, tales como el sentimiento de admiración popular que nimba a estos Robind Hood asimétricos que socorren al pobre y saquean a los ricos, que conquistan la simpatía de los simples realizando hazañas a veces

formidables, que mueven la hilaridad socarrona de las gentes rurales con bravatas similares al famoso reto que escribiera el *Lampeão* en la estación ferroviaria de Queimadas: "*Senhor Governador do Estado; sua perseguição está me fazendo bem; estou engordando e vou me casar*".

El *cangaço*, cuyo nombre deriva de *cangaço*, forma antigua de llevar el trabuco atravesado sobre los hombros como si fuera una canga, está representado por una serie histórica de personajes tristemente célebres.

La memoria de Cabeleira, Antonio Silvino, Lúa Branca (Luna Blanca), Marcelino, Jesuino, Lulú Padre, Corisco y otros bandidos famosos, perdura en canciones, relatos y leyendas del folklore nordestino. El Dr. A. Carneiro Leño recuerda que siendo niño repetía maquinalmente aquel cantar de

*Fecha a porta, Rosa,
Cabeleira, "eh vêm",
matando mulheres,
meninos também,*

donde, el espíritu popular sintetizara las fechorías del sultán rojo del sertão.

Como los sertanejos poseen secreta devoción por la personalidad arrogante del bandolero, y como también saben a qué se exponen si lo delatan, se dedican a encubrirlo con empeño digno de mejor causa.

El *coiteiro* ampara al *cangaço* con su silencio cómplice; lo guarda a veces bajo su techo insospechable; lo tiene al tanto de los movimientos de la policía; engaña a ésta con datos falsos; facilita a sus protegidos medios de locomoción y les proporciona informaciones para que los golpes sean pingües e inesperados.

Pero detrás de *vaqueiros*, *beatos*, *cangaçeiros*, *jaguncos*, *coiteiros* y otras buenas y malas yerbas del *sertão*, como fondo a ese drama de grandeza y miseria humanas, se abren las fauces de una bestia tan antigua como la tierra, tan temible como los diluvios, tan destructora como los vientos ciclónicos: la gran bestia desértica de la sequía, el amarillo dragón de la sed.

De todas las luchas que cumple el flagelado habitante de estos eriales ninguna es más intensa que la sostenida contra la sequía.

Cuando el azote periódico comienza a cerrar sus tenazas sobre el *sertão*, anunciando un lapso de diez a veinte meses sin una sola lluvia, el *caatingueiro* recurre a las más peregrinas estrategias, a las más curiosas operaciones. Hay plantas que guardan agua en su tronco dilatado y a ellas se dirige para calmar su sed; excavando *cacimbas* en los lechos de los ríos ya agotados por el estiaje proporciona algún alivio a las pobres reses sobrevivientes; quemando las espinas y cortezas exteriores de ciertos arbustos logra un alimento de paladar áspero, no más húmedo que la yesca.

Trata de salvar su ganado a cualquier precio. Para no cansar sus heroicos caballos entra a las *caatingas* a pie, vestido de cuero, para traer unas brazadas de hierbas que engañarán el hambre de los suyos y de las últimas bestias. A veces, cuando la lucha se acerca a los límites fisiológicos, llega el mensaje delicioso del agua. Y el *vaqueiro* cae entonces de rodillas, y alza sus brazos a las nubes, y abre su boca ulcerada para empaparla con el transparente maná de los cielos.

Pero cuando el azote bíblico da una vuelta más al torniquete volviendo imposible toda resistencia, los *sertanejos* acatan el destino y emigran.

Dejan sus campos mondos y abrasados, donde la carne no se pudre y el aire desértico momifica a las víctimas de la sed y del hambre, para buscar en el *seringal* o en el *mato* de la costa alivio a su tormento.

Ya no son los orgullosos nordestinos de la República del cuero y la pecuaria varonil: son los derrotados, los fugitivos, los *retirantes*, la tropa solidaria de *vaqueiros*, *beatos* y *cangaçeiros*, de mujeres, niños y viejos que se aleja de la encendida redoma telúrica sembrando los caminos de moribundos. Hasta que comienzan un día, por fin, las lluvias, y las *caatingas* se visten con polleras verdes y se adornan con flores anaranjadas y amarillas, y los pájaros vuelven a sus nidos piando alegremente.

Esa es la seña del regreso. Pero no vuelven todos los emigrantes. Muchos prefieren el amparo de regiones más hospitalarias: el *sertão* ha sido, decenio tras decenio, el abastecedor demográfico del Brasil entero. Sin embargo hay dos tipos laborales que retornan siempre. Uno es el *paroara*, el sertanero que va a los *seringales* a trabajar en las cuadrillas de caucheros; otro es el *libombo*, que abandona todos los años el *lar* calcinado para volver en la estación propicia, cual si fuera un hijo pródigo de esa tierra despiadada.

Yo me crucé con una caravana de *retirantes* en el Estado de Espírito Santo. Iban los hombres todavía cubiertos con sus cónicos sombreros de cuero, desestimando los de paja flexible; llevaban consigo sus recados y petos; colgaban en sus cintos los inútiles guantes de piel de venado. Las mujeres greñudas amamantaban niños fabulosamente flacos, con palitos en vez de brazos y piernas, con terrosas mejillas devastadas por la fiebre y grandes ojos alumbrando con resplandores de espanto.

Marchaban hacia el Sur: a Río, a São Paulo, a Paraná, hacia donde los ríos corren entre riberas

floridas, hacia donde el mar enseña al romperse en las restingas su vientre salado cargado de peces, hacia donde los campos estallan en frutos multicolores.

Estos hijos de las tierras del hambre se han hecho famosos en la literatura y en el cinematógrafo. Pero nadie los ha redimido aún de su terrible pobreza. Siguen esperando, huyendo, volviendo. Crucificados por el desierto, lacerados por su vieja corona de espinas, son las doloridas, puntuales imágenes del martirio de América La Pobre.

EL DOMADOR

El Uruguay es una singular encrucijada de elementos geográficos, de hombres y de culturas. Sin embargo, merced al proceso civilizatorio, su primitiva individualidad dicotómica se convierte en una entidad conciliadora e integradora. Es América y Europa a un tiempo y también algo distinto a las dos matrices planetarias: crisol de nacionalidades, de tradiciones y de fuerzas cósmicas, convoca en su inmaduro destino y en su territorio breve un haz de rayos de diversa intensidad y de dispar origen. Pero de estos opuestos surge, dialécticamente, la conciliación, la síntesis dinámica del espíritu nacional.

Analicemos, siquiera a grandes rasgos, la tesis y la antítesis de los enfrentamientos en el orden telúrico y en el orden humano para buscar luego, en una figura clave de la antigua civilización pecuaria, la raíz de nuestras concepciones de la vida y del universo.

Geológicamente, el Uruguay es un diálogo entre el Norte y el Sur, entre el continente sedimentario de Gondwana y el fundamento cristalino de la Brasilia. La participación de otros horizontes, como los me-

láfidos de Serra Geral y las fecundas capas del terciario, no altera el contrapunto entre los contendores protagonicos.

Climáticamente, es un campo de batalla entre los frentes polares que vuelan sobre el Océano o que vienen de la Patagonia en alas de los fríos anticiclones y de los bostezos cálidos y húmedos que descienden con los ciclones del trópico de Capricornio. Tan grande es la inestabilidad del clima uruguayo que un viajero ilustre nos definió como un país de 180.000 Km.2 poblado por dos millones y medio de sobrevivientes...

Botánicamente, nuestra patria es una región disputada por tres formaciones vegetales que se entremezclan sin predominar la una sobre las otras. Del Oeste nos invade el poderoso ejército de la vegetación fluvial mesopotámica; del Sureste, saltando sobre el Río de la Plata, desembarca la roma punta de lanza de las gramillas pampeanas, y del Noreste, abrazando cerros y tapizando quebradas, llegan los helechos tiernos, los árboles pigmeos y las palmeras esbeltas de la flora riograndense.

Antropológicamente, la tierra oriental fue en la prehistoria un crisol de etnias indígenas y en su devenir histórico constituyó un matraz donde aborígenes americanos, blancos europeos y negros africanos mestizaron sus cuerpos y sus espíritus.

Culturalmente, la República es un gozne adosado al marco de una gea poco espectacular pero primitiva sobre el cual gira la puerta de la civilización occidental, teñida por el múnice del Mediterráneo y planificada por las técnicas de la revolución maquinista.

Políticamente, el país representa un compromiso entre la plenitud institucional de la democracia europea, encarnada cíclicamente por gobiernos colegiados, y el fulanismo de la herencia caudillesca,

manifestado en los períodos preelectorales ricos en autoproclamaciones.

Sociológicamente, la comunidad nacional constituye la conjunción del individualismo campesino y del afán gregario de la ciudad, del aislamiento y la multitud, del rancho y del rascacielos, del puerto y del *hinterland* arisco, de la tradición y del cosmopolitismo, de la familia patriarcalista y de la inestabilidad sexual y jurídica de la pareja contemporánea.

Nuestros tipos sociales y psicológicos, nuestras costumbres, nuestras apetencias, en fin, todo nuestro universo humanizado y nuestro astrolabio moral responden a ese sino bifronte que predestina a la nacionalidad uruguaya.

Poseemos así la *sophrosyne* amada por el griego, opuesta a la *hybris* del bárbaro, a la desmesura de la naturaleza implacable o del pensamiento irracional. Hemos perdido el color local, es cierto; configuramos, según Tibor Mende (*América Latina entra en escena*, Santiago, 1953) un paraíso liliputiense y aburrido, pero sin ser los mejores del mundo somos quizá los menos castigados de este tortuoso callejón americano donde relucen las botas de los dictadores y trafican los cartagineses del medio siglo XX.

Todos estos equilibrios no han impedido, empero, el gran desbarajuste de la economía. Terratenientes y políticos se las han arreglado para llevar a cabo la empresa, tantas veces intentada y otras tantas fracasada, de fundir el país.

Nuestros prototipos rurales también acusan un hibridismo fundamental. El gaucho no es más el indio de las pampas y serranías ni el blanco de las ciudades coloniales y castrenses: es un centauro en el sentido simbólico y filosófico del término. Indio acristianado para algunos y blanco renacido para otros, lleva en su recóndito socavón anímico la marca aborigen y la contraseña del europeo sin ser defi-

nitivamente ni una cosa ni la otra. Es un ser marginal, un mestizo biológico y sociológico que cuando empieza a crear un repertorio de significaciones propias desaparece barrido por las nuevas formas económicas y los nuevos géneros de vida que la ciudad desgrana sobre el campo ganadero o que la inmigración agraria del Viejo Mundo asienta sobre los surcos que desfloran la tierra virgen.

Sin embargo, pese a su fugaz ciclo cultural de sólo un siglo, el gaucho uruguayo —nacido onomásticamente en 1790 y fenecido socialmente entre 1875, año inicial del alambramiento, y 1904, año de la última revolución campesina— logró esculpir un frontispicio tipológico, definir una conducta heroica y grabar una estela espiritual en el flanco atlántico del nuevo continente.

El tropero, el carretero, el narrador, el rastreador, el baqueano, el payador, el domador, el lancero, el matrero, y muchos personajes más, son las chispas humanas brotadas de aquel fuego que ardió durante una centuria bajo los cielos abiertos y los pastizales anchos.

Entre estos tipos los del payador y el domador son los que revisten mayor interés.

El domador, en efecto, puede decirse que es el reverso, tanto por sus contenidos humanos como por sus realizaciones, del aedo de las cuchillas. El domador es un individuo asentado en el reino de los hechos y no en el de las palabras. El payador actúa ante un adversario lírico y en medio de una rueda atenta de corazones. El domador combate solitariamente con la bestia salvaje; opone la estrategia y la fuerza del alma —fuerza lúcida, fuerza consciente— a la ciega energía de los potros; revalida en cada una de sus obras la eterna lucha del hombre para alterar con su voluntad o su pasión el orden fenoménico, el ser de las cosas.

Para ubicar en una escala de valores la figura del domador, tenemos que referirnos primeramente a la actitud genérica de nuestra especie frente a las especies animales.

Durante el mesolítico, quizá ya a fines del paleolítico, sólo el perro había ingresado a la comunidad de la horda. Los cazadores errantes perseguían a las presas sin otro designio que el de lograr una cuota alimenticia para subsistir penosamente. El animal era un blanco, un alivio del hambre cotidiana, un objetivo cinegético que debía lograrse gracias al riesgoso ejercicio del ojeo y la matanza.

Recién en el neolítico, es decir, cien siglos ha, el hombre descubre los beneficios de la domesticación y emprende la conquista del reino zoológico. Sin embargo, cuando se comparan las 43 especies domésticas con los dos millones de especies animales que pululan en la tierra, el agua y el aire, se advierte que esa conquista se detuvo en los límites de la utilidad y en los umbrales de las posibilidades de adaptación al ambiente humano. En vez de aumentar, el número de animales domésticos ha disminuído. Los bajorrelieves del antiguo Egipto, esculpidos hace 4.000 años, muestran rebaños de antílopes y gacelas dirigiéndose a sus establos, y a hienas y chacales auxiliando a los cazadores en sus excursiones venatorias. No hay duda que en esas épocas pervivía poderosamente la uterina unión entre el hombre y la naturaleza, que la esoteria de los ritos traducía las manifestaciones de un espíritu geomántico, pero no es menos cierto que el hombre ha desestimado la cantidad de animales domésticos en aras de la calidad de los mismos. Hoy no interesa poner bajo la férula de la civilización todo el bestiario del arca de Noé, puesto que los genetistas, trabajando sobre determinadas especies, han obtenido tipos altamente diversificados. En el caso parti-

cular de los bovinos, un toro Hereford, una vaca Normanda o un ternero Shorton, ejemplifican los resultados de la selección y el refinamiento científicamente practicados.

La domesticación del caballo fue una de las hazañas que engrandecieron a la humanidad. El caballo incorporado a la civilización cambió el curso de la historia y el alma del hombre. Los pueblos ecuestres se constituyeron en la pesadilla de los pacíficos labradores, como lo ha demostrado Oppenheimer en sus estudios sobre el origen del Estado, pero también fueron los padres del espíritu señorial que nos describe Alfred Weber, de la nobleza basada en las acciones egregias, del dominio del espacio infinito y la distancia metafísica. El anhelo de lejanías y la apetencia de horizontes rompe las celdas monásticas del medioevo para proclamar el impulso fáustico y ecuestre de la civilización occidental. El hombre de a caballo, ya fuera el *hykso* invasor de Egipto, ya el *cassita* invasor de Babilonia, ya el dorio invasor de Grecia, ya el mogol invasor de China y de los valles indostánicos, descolló sobre la hormiga humana medrosamente apegada a la víscera oscura de los surcos; sintió bajo el arco de sus piernas un ser sumiso y ardoroso que le entregaba los pétalos cardinales de la rosa de los vientos; acrecentó su fuerza; alargó su brazo; multiplicó sus posibilidades expansivas; concibió impacientes ideologías libertarias; fundó imperios con la espada y con el pensamiento.

El espíritu caballeresco universal alberga en su entraña etimológica el noble relincho de un equino. Y dentro de la particular circunstancia histórica de nuestro continente, el caballo logró la sumisión de América indígena ante los capitanes españoles, emancipó a los criollos de la madre patria y convulsionó con sus galopes desatados y sus jinetes vehementes

un amplio período de la vida de las jóvenes repúblicas.

El domador rioplantense, en un principio, se confundió con la figura omnímoda del gauderio. Todo gauderio era un excelente jinete y el arte de domar integraba una de las facetas de su múltiple personalidad de peregrino, cantor, caballista, jugador y cuatrero. El domador se desprende de la nebulosa que empollaba al gaucho futuro cuando se precisa en nuestro horizonte económico la célula de la estancia cimarrona.

En la estancia patriarcal, que significa un tímido intento de sustituir la bárbara apropiación del cuero por una explotación racionalizada del ganado vacuno, se precisan las primeras individualidades especializadas de la faena pecuaria.

Surgen así el tropero, el trenzador, el peón ecuestre, las constelaciones femeninas del fogón, la gerontocracia depositaria de la sabiduría campesina que trasmite por vía oral a las nuevas generaciones las experiencias de una vida riesgosa y las pautas de una economía depredadora.

El domador pertenece también a esta fauna laboral y primigenia alumbrada por la estancia cimarrona. Y desde el comienzo de su carrera adquiere un halo de invencible prestigio, una cauda de respeto, un tenaz renombre de varón diestro y corajudo.

Nuestro domador gaucho no estaba adherido a la naturaleza del mismo modo que el domador indio y por eso no empleó sus técnicas lentas y persuasivas. Se enfrentó con el potro, arreado desde el confín de los campos cerriles, como su bisabuelo se enfrentara otrora con el aborígen. Domar significaba para él quebrar a la bestia con ademán preciso y definitivo y no ablandarla lentamente, a la manera del pampa o del charrúa, a fuerza de palenque y

manoseo, de promiscuidad en la toltería y de solidaridad en el destino nómádico.

En la estancia viven los hombres; en las gramillas retozan los potros. Cada especie por su lado, cada mundo en su órbita. Son el animal y el humano dos estratos diferentes, que el indio machihembra pero que el blanco se apresura a precisar. Cada doma será un acto de fe conquistadora, una prueba exhaustiva de brutalidad y destreza, de sumisión de la bestia y entronización del hombre.

El salvaje es un integrante de la naturaleza que lo absorbe y rodea; el descendiente del occidental siente la necesidad de oponerse a ella, de erguir su poder desnudo ante la desnuda furia de los potros, de avasallar las categorías zoológicas con los martinetes antropológicos de su personalidad.

Pero domar es obra de sacrificio, de valor, de idoneidad, de energía. El domador, ceñudo y trágico, conversa con la muerte en cada una de sus pruebas. El oficio ha estigmatizado su cuerpo y ha tatuado su alma. Es un hombre lacónico, insociable, amigo de estar en los corrales rodeado por los redomones y no en las ruedas gárrulas del fogón. Una vez vencida la salvaje resistencia del animal, y sólo entonces, se dedica a amansarlo, a enseñarle los aires de marcha, a ablandar su boca, a pechar, a rayar, a cortar chiquito, a escarcear, a obedecer señales secretas. La doma inicial es un acto de dramática violencia, pero no definitivo. El adiestramiento, obra de perseverancia y sutileza, consume las jornadas pacíficas del domador. Al caballo se le habla, se le acaricia, se le adoctrina en las fintas del rodeo, en los malabarismos de las pencas, en el galope como tabla de los juegos de sortija, en el sobrepaso rendidor y descansado, en el trote chasquero para las marchas forzadas, en el caracoleo elegante que emboba a las chinas.

El domador está siempre entre sus caballos, a los que quiere y comprende. Un día serán de otros, pero mientras tanto le pertenecen en sangre y espíritu, en fogosidad y ternura. En la etapa puramente muscular, el desbravador es una expresión de la prepotencia humana; en la etapa persuasiva es un dechado de inteligencia, de pulcritud, de imperiosa sabiduría, de paideia delicada.

Los estancieros lo respetan; los hombres lo admiran; las mujeres lo contemplan, allá en el fondo de los potreros en la polvareda de los corrales, como un semi-dios atareado y sudoroso.

Cuando llega a la vejez, el domador tiene varios huesos rotos, soldados por curanderos montaraces; sus piernas en arco, hechas al lomo de los potros y al apretón agresivo, son torpes para la marcha apeada; consciente de su aureola de respeto y prevalencia, habla lo imprescindible, con tono sentencioso y lenta voz masculina.

El domador se aquerencia en la estancia. No tiene la inquietud del camilucho contrabandista ni del gauderio errante porque se siente poseído por su vocación y sus menesteres; no cabalga en extensión sino en profundidad, en vivencias y en alegorías.

El indio, que es "infiel" e hijo de los desiertos, lleva los caballos tras su aduar vagabundo; el domador gaucho, que es "crestiano" y descendiente de europeos amasados por la conjunción de lo dionisiaco y lo apolíneo, va a buscar los caballos a la remota marsupia de los campos y proclama su calidad dominadora quebrando el orgullo de los potros en agrio y enconado duelo cuasi hegeliano, pues yergue frente a las esencias de la Naturaleza las categorías del Espíritu.

En el X canto de la Vuelta de Martín Fierro, éste describe cómo los indios pampas adiestraban a

sus cabalgaduras. La etapa de la doma violenta no existe en las tolдерías: la doma y el adiestramiento forman un solo proceso atado por el largo sobeo de la paciencia.

Esta técnica de ablandamiento se opone a la del choque furioso. Revela otra concepción de la vida, otro acatamiento a los ritmos cósmicos. El indio no es un conquistador del paisaje, es un elemento del mismo.

Martín Fierro reconoce que su estilo es otro pero admite la superioridad pragmática, aunque no esencial, del método indígena:

*Y aunque yo sobre los bastos
me sé sacudir el polvo,
a esta costumbre me amoldo;
con pacencia lo manejan
y al día siguiente lo dejan
rienda arriba junto al toldo.*

El combate con el animal, cuando se cumple sin subterfugios, cuando se vence el ardor del instinto con el ademán enjuto de la inteligencia, es ponderado por todo gaucho. Pero Fierro condena, y con razón, a los que usan artimañas de mala ley:

*Muchos quieren dominarlo
con el rigor y el azote,
y si ven al chafalote
que tiene trazas de malo,
lo embraman en algún palo
hasta que se descogote.*

*Todos se vuelven pretextos,
y vueltas para ensillarlo;
dicen que es por quebrantarlo,
más compriende cualquier bobo
que es del miedo del corcobo
y no quieren confesarlo.*

La apología del domador cabal no se hace esperar:

*Aventaja a los demás
el que estas cosas entienda;
es bueno que el hombre aprienda
pues hay pocos domadores
y muchos frangoyadores
que andan de bozal y rienda.*

Hay pocos domadores. Esta es la verdad. Jinete es una cosa y domador es otra. El domador conoce la *lingua franca*, hoy perdida, de los primeros días del mundo, la caricia exacta, el vértice donde coinciden la ira desatada y el señorío del espacio. Pero sabe conservar, frente al reino del irracional, frente al puro ser de la bestia, el existir y el consistir del hombre.

Y aquí reside el sentido ontológico de su tipo. En este afán de servirse de otros seres y de otras cosas patentiza el espíritu de Occidente, resume el drama milenario de la criatura angustiada y metafísica que construye ciudades, que pulveriza montañas, que regula los ríos y que se yergue sobre los demás vivientes para cumplir su destino despiadado y hermoso de taumaturgo y creador.

Desde los siglos heroicos de Héctor, el domador de caballos, el más grande de los varones de la *Ilíada*, que temblaba ante la muerte sin dejar de marchar a su encuentro, domar y domesticar son dos acciones complementarias.

Domar es someter las bestias al *dominium*, al poder y a la propiedad del hombre; domesticar es allegarlas al *domus*, a la casa del hombre.

Por eso el domador vernáculo, figura que felizmente pervive y que todos admiramos, es algo más que una anécdota, como lo pretenden los quisqui-

llosos apoderados de la tradición, los sedicentes conocedores de las cosas terruñeras.

El domador se convierte, al ser contemplado bajo la luz de la comprensión, de la *Verständnis*, en una figura llena de alusiones, cargada de sentidos, palpitante de esencias. Deja de pertenecer al espacio y se evade del tiempo para convertirse en una de las ventanas por donde la humanidad avizora el resplandeciente cielo de los símbolos.

El caballo en América
Indígena

El caballo en América
Indígena

EL CABALLO EN
AMÉRICA INDÍGENA

DIALECTICA HIPICA DEL NUEVO MUNDO

Lo que se va a leer de inmediato es fruto de una interpretación heterodoxa de la historia de América o, mejor, de la paleontología y de la proto-historia de América en su enfrentamiento con la historia que, como las carabelas, venía de Occidente. Es posible que en esta interpretación existan desajustes; es posible también que en más de un aspecto sea acertada. De cualquier modo es un intento, un esquema atrevido, una alegoría llena de intuiciones que entrego por igual a los eruditos y a los espíritus sencillos que se apasionan con las aventuras. Porque la del caballo en América es una aventura zoológica y cultural y, a la vez, todo un proceso al modo hegeliano. Y para no quedarme en simples afirmaciones ordeno de inmediato, a lo largo de tres momentos, la dialéctica hípica del Nuevo Mundo.

Tesis: América, patria del caballo.

El nuevo continente fue la cuna del caballo, o si se quiere ser más estricto, de la cadena genética de sus antecesores.

Allá por el período eoceno, el primero de la era terciaria, iniciado hace unos setenta millones de años, un animalito del tamaño de un fox-terrier comía los retoños de los árboles que se levantaban en las florestas de América del Norte. Los paleontólogos han llamado poéticamente a este bichejo, que participaba a un tiempo de los caracteres del

tapir, del rinoceronte y del caballo, *Eohippus*, esto es, caballo de la aurora.

Las especies no son inmutables y el archivo de las rocas, como lo denominara Wells, ha guardado las muestras sucesivas de la evolución del *Eohippus* americano.

En el período oligoceno, el segundo del terciario, aparece un nieto de este enano hervíboro, el *Meshippus*, que tenía el tamaño de una oveja y correteaba por las llanuras, mitad boscosas, mitad empastadas, de aquellos remotos tiempos.

El mioceno, el tercer período del terciario, nos ofrece otro descendiente, más fino y ágil aún, el *Merychippus*, que estaba conformado para galopar por las dilatadas planicies gramíneas que hoy ocupan los Estados de Oregón, Montana, California y Texas. Tiene el tataranieto del caballo de la aurora —la filogenia completa es *Eohippus*, *Orohippus*, *Meshippus*, *Parahippus* y *Merychippus*— la alzada de un petizo y en sus patas van desapareciendo los dedos laterales.

En el cuarto y último período de la era terciaria, el plioceno, surge el *Pliohippus*, inmediato antecesor del género *Equus*. Este antepasado del caballo atraviesa el recién emergido istmo de Panamá y desparrama su semilla trotadora en las vastas comarcas sudamericanas, ayunas hasta entonces de perisodáctiles de tal tipo.

Nos acercamos al final de la aventura biológica. Del *Pliohippus* se originó el caballo propiamente dicho, en el pleistoceno, el primer período del cuaternario. Pero los caballos americanos encuentran el camino hacia el Asia a través del puente del istmo de Bering (1), inaugurando así la ruta que segui-

(1) Al formarse el gran casquete septentrional de las glaciaciones cuaternarias el mar epicontinental bajó de nivel, convirtiendo al estrecho en istmo.

rían en sentido inverso, y bastante tiempo después, los grupos paleomongólicos que poblarían importantes sectores de América. Los pocos caballos sobrevivientes en el continente americano serán devorados por los indios, como lo atestiguan los restos de fogones encendidos (y apagados) hace más de 6.000 años.

La primera etapa se cierra. El caballo se extingue en nuestro continente. Y, entretanto, prosigue en Eurasia su evolución hasta que el hombre de las cavernas la envilece con la caza y el hombre de las estepas lo redime con el Gran Pacto de la equitación.

Antítesis: las civilizaciones del maíz.

La América indígena se ensimisma en la contemplación de su ombligo terráqueo. Y cuando llega al diálogo, no va más allá del coloquio con la agricultura. Los animales domésticos apenas cuentan. Todo es vegetal; en todos los mitos y ritos la Madre Tierra, sedienta, vengativa, misteriosa, dominadora, impone su fatalidad telúrica.

Hay, al margen de la América labradora y montañesa, una América de las selvas y otra de las llanuras.

Coexisten así una América cereal, otra silval y otra pratense. Las culturas indígenas confirman estos tres sectores con distintas entonaciones en la ergología, el pensamiento y el arte. Pero los grandes imperios, las barbaries doradas, florecen en la zona del maíz.

Las civilizaciones del maíz son en su mayoría serranas y ven crecer sus estados más poderosos en la zona occidental del continente. Y todas estas civilizaciones se caracterizan por su crueldad, por su locura sangrienta, por sus sacrificios humanos reiterados y perversos. Los pueblos sin caballos hallan en el derramamiento de sangre una contestación

plausible a las exigencias de la tierra ávida de presentes y descargan en un arte extraño y retorcido la vesanía de su espíritu.

Un veloz viaje etnográfico por la magia homicida del maíz y por la estética prehispánica confirmarán esta doble y al parecer irrespetuosa afirmación.

Comencemos por los asesinatos propiciatorios. Las tribus de Sonora cultivaban el maíz como principal alimento y en sus ritos a la tierra fecunda sacrificaban ingentes masas de seres humanos.

Los iroqueses, que conocieron hasta dieciocho variedades de maíz, al igual que los algonquinos y natchez, torturaban bárbaramente a sus prisioneros con miras de obtener cosechas benévolas.

Los cultivadores de las praderas norteamericanas celebraban sus fiestas anuales del maíz tierno matando a flechazos a inocentes muchachas, para que así la tierra les fuera dadivosa.

Los humauacas del nordeste argentino, también grandes cultivadores de maíz, degollaban a sus prisioneros con el propósito de bienquistarse con las deidades solares que hacían granar las mazorcas.

Los incas desencadenaban feroces hecatombes de niños y vírgenes cada vez que se consagraba un nuevo amo del gran imperio agrario.

Los chimús pasaban por las armas a los lactantes para ganar la buena voluntad de la luna, nocturna maduradora de las amarillas sonrisas del maíz.

Los cañari de Ecuador, antes de la cosecha del maíz, derramaban frente a la cueva del cerro de Curitaque, donde residía el dios de este cereal, la sangre de cien niños.

Los celebrados mayas milperos, con el fin de congraciarse con las potestades celestes de la lluvia, ahogaban en los canales a desdichadas doncellitas propiciatorias.

Los aztecas, finalmente, para no citar más cultivadores de maíz ni asesinatos rituales, cierran las tablas de la crueldad americana con matanzas pavorosas que llegaron hasta la cantidad de ochenta mil víctimas, como sucediera al consagrarse la pirámide de Tenotchtitlán.

Es cierto que los pueblos agrarios de los distintos círculos culturales del mundo tienen la obsesión de la sangre, pero la insanía de los homicidas sagrados de América supera todas las imaginaciones.

Y en cuanto al arte, tanto hay que decir, que se justificaría un vasto ensayo.

No obstante recordemos, sólo de paso, el retorcimiento grotesco de la decoración americana, las gorgónicas cabezas de piedra, los motivos de fealdad reiterada y angustiado pavor cósmico.

El trasunto de esta zurdera espiritual se descubre en el arte monstruoso de México, por más que quiera salvarlo en sus esencias la sensibilidad de Paul Westheim en dos magníficos libros (*Arte antiguo de México* y *Los fundamentos del arte prehispánico en México*). De igual modo el churriguerismo tropical de los mayas y las figurillas extravagantes de la cerámica pintada peruana nos ofrecen testimonios, ya intuídos por Elie Faure, de ese espíritu emponzoñado por los dioses de la muerte violenta que supo, empero, elevar el horror a categoría estética.

¿Qué podemos colegir de todo esto? La respuesta es simple y audaz: la madurez de los pueblos agricultores sin la presencia liberadora del caballo parece condenarlos a la introversión lunática y al emponzoñamiento cultural. Y así siguieron las cosas en la América prehispánica hasta que el reloj de los siglos dio la histórica campanada del 12 de octubre de 1492.

Síntesis: el retorno del hijo pródigo.

El caballo que se había extinguido completamente en América, regresaba con los españoles a su solar materno. Pero ¡de qué modo! No era ya la bestia friolenta que trotara sobre el istmo de Bering en su éxodo a las estepas de Siberia sino una fiera transmarina que formaba una unidad centáurica con el conquistador blanco y barbudo llegado en las carabelas.

La historia súbita y sorprendente de la conquista se resume cifradamente en dos expresiones. Una es de Cortés: "No teníamos, después de Dios, más seguridad que la de los caballos...". Otra es de un mestizo, el Inca Garcilaso de la Vega: "Mi tierra se ganó a la jineta". Entre ambas cabe la innumerable desventura del indio derrotado por una nueva especie de animal mitológico que recuperaba a sangre y fuego su patria primigenia.

Los grandes imperios agrarios se doblegaron ante la furia española y la furia equina, combinadas en una fórmula de combatividad implacable. Pocos jinetes ponían en fuga, pese a lo anotado por la sagacidad de Laurette Séjuorné en su libro *Pensamiento y religión en el México antiguo*, a multitudes de guerreros americanos que si bien sentían el rigor de otros pueblos indígenas sublevados contra un totalitarismo esclavócrata, también huían ante la presencia de una calamidad galopante.

De este modo las barbaries esplendorosas chapadas en oro sucumbieron al empuje del hierro que coronaba las lanzas y cimentaba las cabalgaduras. Sólo resistieron los indios de las pampas y llanos que, por una especie de mimetismo biológico y cultural, se hicieron pronto jinetes avezados y volvieron el caballo contra los sorprendidos españoles.

Bernardo de Sahagún, en su *Historia General de las cosas de la Nueva España*, recogió de bocas de indios la descripción que los embajadores de Moctezuma hicieron a éste de los caballos que vieran en el pequeño ejército de Cortés. Dicha versión oral circulaba años después de la conquista muy fielmente recordada y el historiador la transcribe en idioma nahuatl, tal como se la relató su informante mexicano. Los caballos (denominados "ciervos") "llevan cascabeles, vienen con cascabeles, los cascabeles casi rechinan, los cascabeles rechinan; los ciervos relinchan, sudan mucho, el agua casi está corriendo abajo de ellos. Y la espuma de sus bocas gotea al suelo, como espuma de jabón gotea. Y al correr hacen un gran pataleo, hacen un ruido así como si alguien echa piedras. Al instante se revuelve la tierra, donde levantan su pie, hecha pedazos, donde levantan su pie, su pie delantero".

Esta patética descripción nos evoca la pintura del caballo hecha en el *Libro de Job*, una de las interpolaciones arábigas de la Biblia, debida a un anónimo poeta beduino. En ambos textos se adivina el mismo escalofrío ante la presencia combatiente del *Equus cavallus*, el verdadero Señor de los Ejércitos por muchos milenios, hasta su destronamiento por la mecanización de la caballería.

Otro paralelismo cultural sorprendente, pero de mayores alcances aún, es el que configura el culto a Tziunchán, dios equino del trueno y del relámpago, que adoraban los indígenas en la isla de Tayasal.

El relato es simple, pero el desenlace es inquietante. Cuando Cortés salió de México esperando arribar a Honduras por tierra, al llegar al lago de Petén-Itzá entregó su caballo, herido en una ranilla, al jefe indio lugareño para que cuidara del mismo. Esto sucedió en 1525. En 1697 dos franciscanos en misión evangélica, los padres Orbieta y Fuensalida, hallaron

en la isla de Tayasal, en medio del lago de Petén-Itzá, una grosera escultura pétrea de un dios hipomorfo. Según Juan de Villagutierre (*Historia de la conquista de la provincia de Itzá*), relator de este suceso, el caballo estaba sentado en la posición de un perro, por ignorar los indios los aires del descanso equino. Los franciscanos se apresuraron a romper, con celo nada arqueológico por cierto, la deidad de "aquellos idólatras abominables". Pero de paso se enteraron que se trataba de una imagen del caballo morcillo de Cortés, muerto de hambre por habersele ofrecido pollos asados en vez de pasto, y reverenciado desde entonces como dios del trueno y del relámpago.

Y aquí viene lo bueno. Atando cabos se llega, si no a conclusiones, a paralelismos que causan vértigo.

¿Qué podían saber estos oscuros americanos comedores de maíz, de Pagaso, el caballo alado que personificaba al trueno en la mitología griega? ¿Qué de los aplacadores de las tempestades, los gemelos Castor y Pólux, hijos de Leda y de dos padres, el uno Zeus y el otro Tíndaro, antiquísima divinidad equina del trueno? ¿Qué de Santiago, el hijo del Trueno, el Boenerges judío que en España se hace caballero y entra en los combates montando un corcel de resplandeciente blancura? ¿Qué de Hiisi, el dios finés del trueno, que monta un caballo diabólico cuyos relinchos producen relámpagos?

Las interrogantes quedan abiertas por igual para los partidarios del difusionismo y para los defensores del paralelismo: ambas posiciones de la etnología pueden trabajar con provecho siguiendo las pistas que enlazan, positiva o negativamente, este singular mito equino.

Cerrado el ciclo dialéctico con el retorno del caballo a su querencia ancestral, reconstruyamos, a

modo de colofón recapitulativo, las tres fases del proceso.

Tesis: América, cuna del caballo.

Antítesis: América se queda sin caballos y florecen las culturas más o menos brillantes de los plantadores de maíz, cereal desconocido en Europa.

Síntesis: regresa el caballo, sojuzga a los habitantes de su antiguo lar americano y halla en el maíz un alimento que desde entonces será su mejor aliado en los rigurosos trabajos de la guerra o en las vistosas cabalgatas de la paz.

EL CABALLO Y LOS INDIOS DE AMERICA DEL NORTE

Uno de los capítulos más interesantes de la etnología americana es el de la trasculturación del caballo a los aborígenes. El aliado de los conquistadores españoles al dispersarse por las llanuras y penillanuras herbosas retorna a su antepasada condición preneolítica y el indio reedita entonces, a su modo, el Gran Pacto de la equitación.

El regreso del caballo a su salvaje primavera no supone solamente una ruptura efectiva con la cautividad europea. Entraña también un salto atrás biológico. El airoso caballo español, al acimarronarse, pierde los nobles caracteres plásticos adquiridos a lo largo de siglos de refinamiento zootécnico y estabulación doméstica. El contacto con la naturaleza desnuda, las penurias de las sequías, las migraciones tras los potreros feraces, el sol implacable del verano y la lluvia helada del invierno, van desfigurando y empequeñeciendo la armoniosa escultura de su cuerpo. El caballo se adapta al medio, regresa a la prehistoria, se hace de nuevo una bestia rústica, peluda, de alzada breve (salvo los baguales pampeanos) e instintos ariscos.

Los indios de las pampas argentinas, de los llanos venezolanos, de las cuchillas uruguayas y, bastante después que ellos los de las praderas norteamericanas, se adueñarán de las caballadas chúcaras, se harán domadores y jinetes y, al cabo de poco, volverán sus fletes, convertidos en temibles máquinas de combate, contra los conquistadores y sus descendientes criollos.

Pero no todas las parcialidades indígenas se adaptan a la vida ecuestre. Los agricultores serranos y los recolectores selváticos persisten en sus antiguos padrones culturales, al margen del súbito mundo revelado por la domesticación del nuevo habitante de las llanuras.

Los cazadores nómadas de las planicies empastadas, ambiente ecológico propicio a la procreación del caballo, son entonces los únicos beneficiarios directos de la equitación. Estos indios hechos a los largos peregrinajes y a las penurias alimenticias del desierto, desde el comienzo enfrentados al europeo con altivez agresiva y sombría, reciben el caballo como un don precioso, como un enviado de los dioses.

El advenimiento del caballo, a su vez, cambia la mentalidad, los hábitos vitales, la economía, la movilidad horizontal y vertical, en fin, la cultura toda del aborígen. Una nueva y fugaz era se abre para la indiada de los pastizales. Al vacuno cimarrón, que le brinda sustancioso y fácil alimento, se suma el caballo, que la convierte en un alud galopante. Se inauguran veloces estrategias de combate, se rehabilita el valor de la lanza, surgen los malones al sur del continente y la peligrosa luna llena de los comanches alumbra las correrías nocturnas de los pieles rojas del norte. Y las crónicas, las historias y las narraciones de viajes se llenan entonces a lo largo de toda la América herbosa de episodios similares: indios que atacan sin aviso ni cuartel y blan-

cos que se defienden con idéntica crueldad; fronteras móviles que avanzan con la civilización a cuestras y empalizadas contumaces de guerreros ecuestres que las detienen a lanza seca o a tiros de rifle.

Los testimonios históricos, literarios y etnográficos de la equitación indígena y de la transformación de las modalidades culturales de los ex-nómadas pedestres son tan abundantes que sería vano tratar de sistematizarlos y analizarlos en este esquema. Lo que interesa, en cambio, es interpretar la nueva conducta social del indio, describir su nueva "personalidad básica" y catalogar sus actitudes ante el advenimiento de una breve pero sangrienta rehabilitación ecuestre de la primogenitura americana.

En el estudio de Ralph Linton sobre los comanches, interpretado psicoanalíticamente por Abram Kardiner (*Fronteras psicológicas de la sociedad*, Capítulo III), se puede advertir la influencia superlativa que ejercieron el caballo y el rifle en la transformación de una vieja cultura de las mesetas en una joven cultura de las llanuras.

Los comanches descendieron de las mesetas de Montana a las llanuras de Texas y Oklahoma para inaugurar en ellas formas de vida dedicadas a objetivos "criminales" (pág. 123). Los comanches de las mesetas no eran guerreros sino mansos e inofensivos cazadores. No honraban a los fuertes sino a los ingeniosos, y de aquí que el coyote, tan marrullero como nuestro Don Juan el Zorro, fuera el héroe cultural de los relatos y tradiciones, fábulas y mitos. Temían a los fantasmas, pues se sentían subyugados por la doble acechanza del mundo exterior y del obsesivo mundo de los sueños. Practicaban el infanticidio en los tiempos de hambruna, a título de heroica selección natural, para que sobrevivieran los mayores aptos para la caza. Respetaban a los ancianos que, con sus cavilosas consejas, les entregaban el conser-

vador y rígido legado del pasado. La figura más poderosa de la tribu era la del curandero, dado que merced a sus ensalmos conjuraba los espíritus caprichosos y malintencionados de la naturaleza. El poder, finalmente, pertenecía a ciertas familias privilegiadas que se las entendían con los hechiceros y recurrían a las técnicas de la intriga social para perpetuarse en el mando.

Con la llegada del caballo estos valores culturales, consagrados desde un remoto pasado, se trastocaron rápidamente. Kardiner piensa que existían factores de "preparación interna" —y los analiza— pero la espectacularidad y violencia de la revolución hípica en el mundo cultural del comanche nos autoriza a considerarlos de mínima importancia.

Los nuevos comanches ecuestres de las llanuras dejaron de temer a los fantasmas pues el caballo les otorgó seguridades de dominio señorial sobre el contorno físico y la intimidad psíquica. Cesaron las matanzas de recién nacidos ya que la leche de yegua sustituía la carencia de la humana y el ejercicio venatorio era fácil y rendidor. Perdieron el respeto a los ancianos apegados a un pasado pedestre y admiraron en cambio los lujos gimnásticos de la equitación y el coraje alocado de los jóvenes jinetes. El curandero, prototipo de la pasividad defensiva ante un universo demoníaco, fue sustituido por el jefe guerrero, personalidad activa y agresora. El poder comenzó a transmitirse de hombre a hombre, roto el privilegio de las familias hábiles en la técnica del continuismo, ya que el caballo propiciaba la aparición del *self-made-man* representado por el diestro y el fuerte. Y de este modo una forma de vida timorata moría y nacía otra, poderosa y audaz, enancada en los caballos.

Al igual que los comanches, famosos entre todos por sus correrías ecuestres, las tribus de las praderas

se hicieron de a caballo y sembraron la colonización interior de América del Norte de crímenes y hazañas. Fuera de los comanches la lista de tribus cabalistas es muy numerosa y entre sus integrantes más representativos se hallan los cado, sioux, iowa, arapaho, hidatsa, osage, ute, shoshone, omaha, cheyenne, nezpercé, etc.

El caballo, pese a su gravitación bélica y social, no llega a constituir un *totem*, no logra instalarse en los dominios de la religión. Más viejos que él son el oso, el búfalo, el cuervo, el coyote, el águila. El caballo sólo constituye un aliado, una potenciación cinegética, una desmesura guerrera que complementa al indio pero que, por razones obvias, no llega a ser su antepasado.

El universo hípico es aceptado por otras dimensiones de la cultura, tal vez más externas y más adjetivas. Las narraciones tradicionales de las tribus de las praderas celebran las hazañas del caballo, sus amores clandestinos y monstruosos con las indias, sus poderes mágicos. El arte coreográfico, rico en figuraciones rituales, registra las prestigiosas "danzas del caballo". Y los pintores de cueros, finalmente, lo emparejan en dignidad con las representaciones del bisonte, el animal tutelar de la vieja estirpe de los llanos, en sus coloridas escenas naturalistas.

Los indios norteamericanos que otrora fueran orgullosos jinetes viven hoy en "reservas" protegidas por el Estado que, a modo de islas nostálgicas y destituídas, soportan el embate del gran océano industrial que encrespa las planicies. Los etnógrafos y antropólogos culturales estudian sus costumbres pagando con dólares tomas fotográficas y testimonios orales desfigurados de una vida tribal que fuera esplendorosa y que en la actualidad se tambalea bajo el empuje de una sociedad clasista. Las hazañas del ayer son evocadas por jóvenes artistas indígenas

“americanizados” que reviven pictóricamente gestas ecuestres en las que luchan “Toro Sentado”, “Caballo loco” y otros grandes jefes contra el *Cow boy* pistolero, contra las caravanas de carretas, contra el ferrocarril invasor, contra los pastores de ganado, contra todas las potencias desencadenadas de la civilización maquinista y capitalista que ha terminado por sojuzgarlos para siempre.

LAS INDIADAS ECUESTRES DE AMERICA DEL SUR

El retorno del caballo a la patria americana de sus antecesores provocó una serie de consecuencias biológicas y culturales con características tan imprevisibles como exacerbadas.

Las caballadas cimarronas de la zona circuncaribe, los *mustangs* tejanos, los mesteños de México y los baguales de las pampas inauguran una furiosa primavera de libertad zoológica que redime a la especie equina de los milenios padecidos en sumisión doméstica. En contacto con la naturaleza plena el caballo alzado rescata la sabiduría instintiva de la manada prehistórica y revalida las estrategias vitales del gregarismo, de la astucia y de la fuerza bruta.

Los indios nómádicos de las llanuras, a su vez, descubren en esos caballos salvajes una nueva reserva de riqueza alimenticia primero y un aliado para la guerra poco después. Se hacen grandes jinetes e incorporan a su cultura material y espiritual las alusiones y las potencias de la equitación para fundar, durante cuatro siglos, un imperio de terror desatado.

Pero antes de considerar los efectos de la incorporación del caballo a la vida indígena sudamericana veamos el comportamiento de las caballadas chúcaras en las pampas y penillanuras del Nuevo Mundo.

El primer aspecto de la existencia de los baguales en la zona rioplatense se refiere a su propia denominación.

¿Cuál es, en efecto, el origen del nombre bagual? Daniel Granada (*Vocabulario rioplatense razonado*) ofrece la siguiente explicación sobre su etimología: "El caballo, como es sabido, fue importado por los españoles; pero alzado, se hizo salvaje, propagándose considerablemente por las pampas del sur de Buenos Aires. Los indios que las habitaban acomodaron a su lengua el nombre que de boca de los conquistadores entendieron que se daba a un cuadrúpedo que no conocían, llamándolo *cahuallo*, *cahuello* y *cahual*. Los españoles, tomando a su vez de los pampas este último vocablo ligeramente modificado, dieron en llamar *bagual* al caballo que allí hallaron salvaje, con lo que le distinguían del manso o sujeto al dominio del hombre..."

Esta etimología es aceptada en el siglo XX por Angel Cabrera (*Los caballos de América*) y R. B. Cunhninghame Grahaham (*Los caballos de la conquista*), como en el XVIII lo fuera por Félix de Azara (*Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*).

No todos se sienten, sin embargo, conformes con esta explicación. En dos estudios aparecidos casi simultáneamente, el etnólogo Salvador Canals Frau (*Sobre el origen de la voz bagual*, *Anales del Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo*, Tº I, 1941) y su colega Julián C. Cáceres Freyre (*En torno a Bagual*, *Revista Bagual* Nº 1, Buenos Aires 1941) sostienen que la etimología es otra.

En efecto, allá por el 1582 figura por vez primera la citada palabra en un documento español que mentaba las depredaciones audaces de un cacique querandí llamado Bagual. Por extensión bagual pasó, al adjetivarse, a ser sinónimo de insurgente, de in-

sumiso, de alma libre y levantisca. Los baguales, pues, habrían sido primero los indios en perpetua revuelta y luego los ganados alzados.

Canals Frau escribió al respecto: "como el ganado cimarrón mostraba poseer la misma pasión [de libertad], nada más lógico que admitir como muy probable que el nombre que los españoles dieron a la indiada alzada, pasara poco a poco a designar también al ganado libre que estaba en la misma situación".

Sea cual fuere el origen de esta denominación lo que interesa realmente es la existencia y vigencia del bagual en los gramillales del Río de la Plata, donde llegó a constituir una especie de entidad apocalíptica.

En manadas casi incontables retozan los baguales por las llanuras inmensas levantando polvaredas de color herrumbre y turbando el silencio antiguo con el escándalo de sus galopes. Al frente van los padrillos, espumosa la boca, feroz el ojo, tendida la crin como una bandera, incesante el relincho como un clarín. Hijos del espacio y de la furia corren siempre contra el viento, al cual se oponen con instintiva contumacia, semejantes a un ejército rojo. Según los cronistas no hay otro pelo que el colorado entre los baguales. Poquísimos son zainos y alazanes tostados, pero estos pelos apenas cuentan en la nube sudorosa que estremece las pampas con su largo trueno.

Los viajeros han dejado vívidas descripciones de estas bestias en libertad absoluta. Contrariamente a los esmirriados *cayuses* de América del Norte los baguales del sur son de alzada grácil, de músculos poderosos, de anca reluciente. Robert Crawford que los vio en la época de su decadencia, hacia el 1872, dice, sin embargo, que quienes sólo han conocido al caballo en estado doméstico "no pueden formarse una idea de la grandiosidad y el brío de sus seme-

jantes, en estado de baguales, libres del contralor del hombre”.

Dotados de artera sagacidad, los baguales despojan a los viajeros de sus caballadas cautivas. Son los vengadores de la domesticidad de la especie, los redentores de una larga y fiel esclavitud. Instintivamente comprenden que sus hermanos padecen viéndoles beber los vientos mientras aquellos mascan la dura ignominia del freno y sienten el rigor de la espuela en el ijar resignado. Y entonces, formando largas columnas, se precipitan sobre los viajeros para arrebatárles sus tropillas de refresco.

Félix de Azara, en su citado libro, describe minuciosamente las maniobras de estos raptos fraternales: “Embisten al galope a las caballadas y yeguas mansas siempre que las ven, y pasando sobre ellas o junto, las llaman y acarician con bajos relinchos de afecto, las alborotan y ellas se incorporan sin dificultad, yéndose todos juntos para siempre. Así sucede a los viajeros que les embisten los baguales y los dejan sin poder continuar, llevándoseles los caballos mansos de repuesto o de remuda, que siempre llevan sueltos por delante. Para evitar esto, al divisar la bagualada que embiste infaliblemente, es preciso que hagan alto para rodear a sus caballos sueltos y salir a encontrar a los baguales, espantándolos para que se desvíen. El modo de embestir no es en línea de batalla, sino que algunos van delante y siguen todos en columna, que jamás se corta o interrumpe, y a lo más, tuercen la dirección si la espantan. A veces dan muchas vueltas antes de ausentarse, alrededor de los que los desvían; otras pasan una sola vez y no vuelven; y otras, llegan los baguales tan ciegos, que se estrellan contra las carretas si las hay.”

Los indios bravos de las llanuras, al hacerse jinetes y dominar los baguales del desierto, se conver-

tirán en un azote ubícuo, sorpresivo, sanguinario. Del fondo de la noche y de la distancia, venidos por rumbos misteriosos, aparecen de pronto como una tormenta, atacan poblaciones y viajeros, lancean a todo cuanto se les opone, incendian campos y poblados, degüellan niños y se llevan las mujeres en flor, hacen daño por el gusto de dejar una huella escarmentadora y, después de dilatar su señorío en una onda concéntrica de violencia y de gritos, retornan a sus remotas tolderías, al trote largo, fugaces como fantasmas de humo.

En los llanos de Venezuela, en las praderas chilenas del Bío-Bío y en las *coxilhas* riograndenses los indígenas se alían con el caballo para iniciar un ciclo de amargos sobresaltos para el conquistador y sus descendientes. Pero en las regiones donde la geografía ofreció a los indios la pista ilimitada de las pampas y la primicia de un clima ideal, el empuje de estos se multiplica de modo tremendo.

Los caballos habían encontrado en la zona pampeana un *habitat* insustituible, de permanentes pasturas y buenas aguadas, y los salvajes, ya bravos y aguerridos de por sí, se convirtieron al domarlos en una réplica americana de la horda mongólica.

Un viajero que se aventuró a cruzar la pampa en 1749, el historiador P. Francisco Javier Miranda, ha dejado esta pintura sobrecogedora de la peligrosidad de los indígenas ecuestres que azotaban las llanuras desde la Patagonia al Chaco: "Los pampas, los minuanos, los charrúas, los guaycurús, los abipones, los mocobíes, los tobas, los chiriguano, los mataguayos, y otras naciones bárbaras, corrían libremente por las comarcas de las ciudades españolas y aún se presentaban a la vista en aire de provocación y desafío. Talaban sus campos y sementeras, pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de campaña, reducían a ceniza todas las habi-

taciones campestres; robaban los ganados y los arrebaban a sus bosques; se apoderaban de cuanto traginaban los comerciantes, cortando la cabeza a toda la gente del convoy y llevándolas por trofeos sobre la punta de las lanzas o de los dardos: en una palabra, tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veía sino un perpetuo desierto y soledad". Nadie se atreve a transitar esas comarcas riesgosas si no es en una protegida caravana de carretas como la compuesta por 80 vehículos que así describe el propio Miranda:

"Los viajeros componían el número de casi 200 hombres. Todos los carreteros, boyeros, peones, y muchos de los pasajeros iban armados, unos de lanzas, otros de escopetas, pistolas, sables, espadas; se tocaba de noche, frecuentemente, la caja, o el tambor; de cuando en cuando se disparaban algunas bocas de fuego, todo con la mira de avisar a los bárbaros de los contornos, que estábamos alerta y preparados para recibirlos; y con todo eso, caminábamos, como suele decirse, con el Credo en la boca."

Como ésta hay muchas descripciones. Basta leer los versos del *Martín Fierro* o las páginas dedicadas por Lucío V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* a la agresividad ecuestre de los pampas para comprender que el caballo convirtió a las llanuras del Nuevo Mundo en el escenario de la desmesura hípica y de la matanza como sistema de vida.

La metamorfosis operada en las costumbres del indio de las llanuras sudamericanas a partir del siglo XVI merced a la domesticación y utilización del caballo no incide solamente sobre su agresividad y tácticas de combate.

El caballo se convierte en un ente simbólico, en una fuente de figuraciones rituales y ceremonias mágicas. Un significativo mundo de actividad creadora irrumpe, como un viento, en la anquilosada cultura

de los cazadores nómádicos. Y de este modo se inaugura el complejo cultural del caballo que centra en sus valores activos todo el macrocosmos y el microcosmos del salvaje, conjugando en su derredor las antiguas pautas y rasgos de un ciclo histórico cultural de carácter muy primitivo.

El caballo, de acuerdo a los caracteres señalados, fue el centro de un rico y reciente complejo cultural entre la indiada del sur del continente, como también más tarde, a partir del siglo XVIII, lo fuera en Norteamérica.

En América del Sur, durante los siglos XVI, XVII, XVIII, y XIX el caballo conmovió sustancialmente las categorías económicas, mentales y sociales de los aborígenes que lo adoptaron, al punto que se convirtió en el motivo fundamental y en la razón zoológica y zoolátrica de la existencia de aquellos.

El primer contacto del indio con el caballo fue degradante para éste. Los antiguos comedores de guanacos y ciervos se convirtieron en comedores de caballos. Así lo atestigua el jesuita Sánchez Labrador que los vió, en pleno siglo XVIII, hacer hecatombes de caballos domésticos y baguales para utilizar solamente "las costillas, lomos y espaldar" dejando lo demás "para los perros". Pero la equitación limitará las matanzas, salvo las periódicas, destinadas solamente a los actos rituales.

El repertorio de la cultura material se amplía con la incorporación del caballo a la vida nómádic. Las tolдерías, el vestido y el hilo para coser las pieles comienza a fabricarse con cueros y nervios de caballo sin dejar de lado los lujosos y clásicos atavíos de piel de ciervo, nutria, zorro y guanaco.

Las ceremonias de paso y los ritos que consagran las distintas etapas de la vida incorporan al caballo a su funcionalismo mágico: desde el nacimiento hasta la muerte el indio riega con sangre equina

su tránsito violento y desamparado por el mundo. Cuando muere un cacique los pampas sacrifican su flete favorito y los araucanos le quiebran una pata para que ponga en el cortejo fúnebre un acento de ineptitud lastimosa, de cojera doliente. En cambio, para entrar en combate llenos de poder y agilidad los guerreros empapan sus pelambres con sangre de potro.

El poder de los hombres se mide por la cantidad de caballos que forman las distintas tropillas de un solo pelo que poseen. La hipomanía no tiene solo valor afectivo: se convierte en dispensadora de prestigio social. La ganadería sentimental adquiere un signo suntuario al igual que en Africa sudoriental y en Madagascar, aunque en estas regiones impera el vacuno mientras en las pampas reina el caballo de modo prevalente. Mucho más podría decirse del complejo cultural del caballo en la mentalidad indígena y en el trasmundo shamánico. Baste con lo expuesto para advertir que el impacto equino fue de enorme importancia en la vida material y espiritual de los cazadores de las llanuras. Pero todavía resta un asunto al que no podemos relegar. En efecto, queda por considerar al indio como domador paciente, como jinete excepcional, como increíble acróbata hípico.

EQUITACION INDIGENA

La equitación es un arte y una técnica. Pero se la debe separar, porque así lo ha querido el hombre civilizado, de la vida ecuestre. En un nómada de a caballo equitación y existencia van unidas. Son la forma y el contenido de una actividad integral. Los hombres de las ciudades, en cambio, practicamos la equitación como deporte, minimizando notoriamente su valor operativo, dejando asimétrica su funciona-

lidad tecnológica. Y con ello degradamos también al caballo que de músculo sustantivo se convierte en ostentación adjetiva, que de protagonista del drama cultural de la épica se resigna a ser el pedestal dominguero de la hípica.

En el indio ecuestre, como en el gaucho, el árabe o el mongol, la destreza del caballista iba pareja con la habitualidad del cabalgante: equitación y género de vida eran una misma cosa, jinete y hombre se condicionaban recíprocamente. El ser de a caballo y el andar a caballo constituían las razones de una proporción cotidiana.

El indio de los llanos y las pampas de América al descubrir el caballo comprendió intuitivamente que su destino cambiaría. Pensó de inmediato en la revancha guerrera sobre el español, en la obtención de carne fresca, en el rápido e impune desplazamiento de las tribus, pero jamás pudo prever que su cultura entera sufriría un vuelco total. El caballo apareció como un medio y se convirtió en un fin: indios y caballos se fundieron en un nudo centáurico, en una comunión biológica y espiritual de insospechada trascendencia.

Existen muchos aspectos de interés en esta simbiosis que convirtió ciertas zonas de América en un crisol de formas desmesuradas en el vivir y el morir. Uno de los más interesantes, empero, es el de la relación primaria entre el indio y su cabalgadura. El acto de la doma constituye, en efecto, una profesión de fe, un pacto entre fuerzas cósmicas, una definición existencial.

El gaucho, que nace fuera del círculo de los caballos, doma afirmando su poderío sobre la bestia; es el hijo de Occidente, todo lo rebarbarizado que se quiera pero hijo al fin, que levanta sobre los cimientos de la naturaleza la arquitectura del hombre. Para él el contorno es un marco y el animal un servi-

dor. Sobre el mundo físico instaura el mundo psíquico; la naturaleza y sus reinos concéntricos están sojuzgados por la cultura, flor del espíritu humano, superestructura de la tradición social.

El indio, hombre en "estado de naturaleza" ya que no hombre natural (la distinción alemana entre *Naturvölker* y *Kulturvölker* es sofística), tiene otra actitud ante el animal. No se cría lejos del caballo sino entre los caballos. La bestia es un deudo, un *alter ego*, un halo violento de su personalidad. No doma por lo tanto quebrando sino persuadiendo al animal. Y para ello "aíndia" al caballo mientras él, paralelamente, se hipifica. Hombre, bestia y contorno son una misma cosa para su concepción del mundo. Sujeto y objeto se identifican en su gnoseología ingenua. Naturaleza y cultura laten con idéntico pulso en sus categorías mentales. Por eso el caballo indio tiene un tipo peculiar y un temperamento acorde al de su amo. Por eso el indio gira sobre la bisagra vital del caballo como la puerta sobre la charnela.

Alfredo Raymundo, al describir el caballo de los indios pampas en un artículo publicado en 1879, dice, atestiguando los caracteres de aquel: "Cuando en una tropilla vean un animal membrudo, agachado, tristón, charcón, cabezón, con la cruz alta, el pescuezo estirado, el encuentro ancho, el pecho desarrollado y el aire particularmente zonzó y adormecido, digan con confianza: este es un caballo indio. Y si son un poco baqueanos en los asuntos fronterizos y que tengan amistad con el dueño de la tropilla, agreguen en el acto, para que no se adelante nadie: este es mi caballo de marcha. Si consiguen montarlo encontrarán un animal medio lerdo, de buen andar, torpe al freno del lado del lazo, bien enseñado de la boca del lado de montar, nada a propósito por cierto para jinetear y que poco honor les haría para pasear en

una ciudad: pero que en un paseito de doscientas leguas no mermará ni un instante y que al principio como al fin, no se presentará ni más ni menos zonzo, ni más ni menos pesado, ni más ni menos agachado, resignado y valiente que en el momento que se montó”.

Este animal sufrido, paciente e incansable no ha sido domado con métodos semejantes a los usados por el hombre blanco. El indio no quiere bestias espectaculares para pavonearse sino aliados útiles para invadir y pelear, para atravesar las pampas inmensas, para soportar privaciones y galopar entre vizcacheras mancadoras. No doma empleando el rigor del rebenque, el martirio de la espuela y la sorpresa del apretón de piernas súbito. Esto rompe el alma de la bestia dejándole en el fondo un relámpago de espanto que irrumpe en las momentáneas locura del “desbocamiento”. El indio amansa de modo pleno, sin dejar resquicios librados al terror biológico, instalando en todos los repliegues del instinto animal su presencia persuasiva. Domar para el indio es coexistir con la cabalgadura así como vivir es convivir con el potro. José Hernández, en su *Martín Fierro*, ha descripto muy bien el proceso de la domesticación:

*En el caballo de un pampa
no hay peligro de rodar,
¡jué pucha! y pa disparar
es pingo que no se cansa;
con prolijidá lo amansa
sin dejarlo corcobiar.*

*Pa quitarle las cosquillas
con cuidao lo manosea;
horas enteras emplea;*

y por fin, sólo lo deja,
cuando agacha las orejas
y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe
porque lo trata al bagual
con pacencia sin igual;
al domarlo no le pega,
hasta que al fin se le entrega
ya dócil el animal.

Los indios de la Patagonia, sin embargo, no tan consustanciados con el caballo como los de la Pampa, pues lo habían recibido después, utilizaban métodos más duros para la doma. A. Guinnard en su libro *Tres años de esclavitud entre los Patagones*, da cuenta así del desbravamiento de los potros: "Para domarlos, los indios se apoderan de ellos de una manera muy brutal: una vez capturados con el lazo, los derriban en tierra para atarles juntas las patas a fin de poder pasarles sin dificultad por la boca una correa, que atan fuertemente, bajo el labio inferior, después de haberles tironeado las encías y los labios a fin de hacerles más obedientes a la presión de ese bocado muy flexible. Les ponen en seguida una silla y los hacen levantar, conteniéndolos entre dos, uno de las narices y una oreja, y otro por detrás mediante un nudo corredizo que le sujeta las dos patas; entonces el domador, armado de una larga correa de cuero crudo —*trupus*— especie de lonja muy dura y pesada que termina en un trozo de madera, destinada a golpear tan pronto los flancos como la cabeza del caballo, se lanza listamente sobre el animal. A una señal dada, los ayudantes, con perfecta coordinación de movimientos, dan libertad al corcel, que frecuentemente parte como una flecha, no sin haber hecho buen número de corcovos y de haberse

lanzado a uno y otro lado. Algunos resisten a los prodigiosos esfuerzos que hacen sus jinetes por doblarles la cabeza a derecha o izquierda, y ruedan por tierra con ellos; pero, en general, por fogosa que sea su resistencia al comienzo, a los dos o tres días quedan suficientemente dóciles como para ser montados en pelo. Aproximadamente a los dos años y medio los doman de esta suerte los indios, y los someten a una prueba a fin de apreciar su velocidad; les hacen franquear, en un solo impulso, un espacio determinado; los que no alcanzan la meta con facilidad son juzgados impropios y condenados, sin misericordia, a ser comidos”.

Esta técnica brutal de los patagones era la excepción. El indio domaba despacio, entradoramente. Domaba sin sangre, sin golpes, sin susto. No quería fletes atemorizados sino convencidos. No quería redomones resabiados sino compañeros pacientes, mansos y corajudos. “El caballo del indio, escribe Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios Ranqueles*, además de ser fortísimo es mansísimo. ¿Duerme el indio? No se mueve. ¿Está ebrio? Le acompaña a guardar el equilibrio. ¿Se apea y le baja la rienda? Allí se queda. ¿Cuánto tiempo? Todo el día”.

Ya del bagual arrogante nada queda. Cuando las tropillas se incorporan a la vida de las tolдерías comienza el proceso de adaptación. Los potrillos y los muchachos indios se crían juntos casi. Y después de domado el caballo se hace apático pues así lo determina el mutismo del indio. El indio nunca ríe y quizá por eso su flete no caracolea. En cambio la risa jactanciosa del hombre blanco convierte al caballo en un compadrito rayador. El aura cultural que emana de dos sociedades diferentes otorga a las bestias distintos talantes. El indio, pragmático instintivo, no quiere caballos que luzcan sino pingos que rindan.

Y el caballo es como su sombra, como su doble servicial y sigiloso.

Después de vencido definitivamente, el indio se destribaliza y se convierte en un paria rural, en un desheredado de la tierra y sus bienes. Y con él, el caballo se transforma en un campesino humilde. Tomás Guevara, en su *Historia de la Civilización de Araucanía*, nos ofrece esta atractiva pintura del eficaz caballito del indígena del campo meridional chileno: "Con la cola que llega hasta el muslo, las crines caídas sobre el cogote, con la cabeza inclinada pacientemente, se le ve recorrer largos viajes, atravesar ríos correntosos con la mayor facilidad, internarse por las sendas estrechas de los bosques, subir escarpadas alturas, descender por quebradas cortadas a pique. Por estar acostumbrado al trabajo, a salvar los obstáculos, se muestra valiente, dócil, sufrido, resistente; tiene inteligencia como el pobre que necesita luchar, como su amo, para conocer el terreno y vencer los peligros".

El caballo indio se hace caballo criollo e inaugura un nuevo capítulo de su vida: la de servidor del campesino menesteroso.

No se crea, después de leído lo anterior, que el caballo del indio era un zonzo, como socarronamente lo califica Raymundo, o un manso consuetudinario, como parece desprenderse de la transcripción de Mansilla. Nada de eso. Era un caballo avisado, práctico, veloz cuando se le requería, dócil cuando era menester. Un caballo para las buenas y para las malas que no pregonaba su ambivalencia pero que cumplía plenamente con sus múltiples cometidos en el mundo itinerante de los pueblos ecuestres. El indio hacía prodigios con él, y, a su vez, era un jinete prodigioso. Domar y adiestrar eran una sola y repetida tarea. El caballo siempre aprendía, siempre respondía, siempre se aplicaba a su oficio de "aindiarse".

Sobre el trato que el indio daba a su caballo son por demás expresivas las noticias que Hernández proporciona en *Martín Fierro*:

*Yo me le senté al del pampa;
era un oscuro tapao,
cuando me hallo bien montao
de mis casillas me salgo;
y era un pingo como galgo
que sabía correr boliao.*

*Para correr en el campo
no hallaba ningún tropiezo:
los ejercitan en eso
y los ponen como luz,
pa dentrarle a un avestruz
y boliar bajo el pescuezo.*

*El pampa educa al caballo
como para un entrevero;
como rayo es de ligero
en cuanto el indio lo toca;
y, como trompo, en la boca
da gueltas sobre de un cuero.*

*Lo barea en la madrugada;
jamás falta a ese deber;
luego lo enseña a correr
entre fangos y guadales;
ansina estos animales
es cuanto se puede ver.*

Blando de boca, firme de manos, liviano de abajo, chupado de anca, el caballo del indio esquivo las vizcacheras con un extraño "radar" instintivo, resopla y se empaca ante los cangrejales de la costa, orilla los sumideros, deja el sobrepaso rendidor para

estirarse en un trote largo como silbo de pampero, cambia el trote en galope endiablado para sacarle el cuerpo a las boleadoras y, cuando un tiro certero de "tres marías" le maneja las patas, escapa a saltos igual que una liebre gigantesca. Montado en este caballo, hecho a su imagen y semejanza, el indio realiza proezas hípicas increíbles en intensidad y en extensión, en el espacio y en el tiempo. Al paso, al trote, al galope, a la carrera, en todos los aires de marcha y en todos los terrenos se compenetra con su flete, se instala en su clima animal, lo rige con su inteligencia teleológica, lo guía con su voluntad depredadora.

El misionero Florián Paucke, que estuvo entre los mocobíes entre 1749 y 1767, nos ha legado inolvidables descripciones de la destreza caballista de estos indígenas. En su relato de un simulacro de entrevero realizado para solaz (¿y advertencia?) de espectadores españoles se puede captar, pese al desaliño de la narrativa, la peligrosa destreza que se esconde tras la intención juguetona. "Apenas puede imaginarse la agilidad que se veía en ellos", expresa el jesuita alemán. "En un tal entrevero y choque de caballos uno veía saltar de sus caballos a algunos, pelearse de a pie y de improviso otra vez a caballo correr hacia dentro (del entrevero)"... "A mí me parecía como si un escuadrón cruzara a golpes a través del otro; apenas habían cruzado se tornaban y venían ya a acometer por la espalda. Los ojos pudieron perdérseme en la contemplación del entrevero y de la agilidad de los indios en pelear de pronto de a caballo, de pronto de a pie y en un momento de nuevo a caballo..."

Esta destreza era hija del ejercicio aplicado, de la práctica temprana de un arte integral. El ya citado Guinnard, al referirse a las costumbres ecuestres de los indios pampas expresa: "La educación seria de

los niños comienza inmediatamente después de la ceremonia de horadarles las orejas. Cuando llegan a su quinto año montan solos a caballo, tomándose de la crin y apoyando unos tras otro sus piecitos en las coyunturas de las patas de sus corceles; muy a menudo estos parten como saetas y se llevan a sus jinetes antes de que hayan tenido tiempo de instalarse completamente. A esa edad los niños se muestran ya muy útiles y cuidan el ganado. Muy rápidamente se hacen expertos en el arte de arrojar el lazo y la boleadora; después aprenden a manejar la lanza y la honda; de suerte que a los diez o doce años, época en que por cierto tienen más apariencia y fuerza que un europeo de veinte a veinticinco años, terminada ya su educación, toman parte en las excursiones de las tribus y participan en sus *razzias*, en las que demuestran generalmente una temeridad y una audacia increíbles".

La *paideia* hípica del indio se cumple a caballo y en el lomo del mismo el salvaje encuentra su espacio vital, su hogar semoviente, su microcosmos sudoroso. Esto ya fue advertido por Mansilla: "Tienen ellos (los indios) la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y extendiendo las piernas cruzadas en la ancas; así permanecen largo rato, horas enteras a veces. Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse, sacan el freno y lo ponen". Tomás Lago corrobora esto en un interesante libro (*El huaso, ensayo de Antropología Social*) cuando dice que los indios "se acostumbraron muy pronto a hacerlo todo montados y en marcha: con dos palitos (*repu*) sacaban fuego sobre la cruz del animal sin detenerse un momento; allí mismo llevaban los atados de carrizo para improvisar balsas con que atravesar los ríos en sus expediciones de guerra y montería. El lomo del animal resumió en

su esquivo y movable espacio todo el ajuar del indio de su vida cotidiana, pues como no usaba más que una manta elemental pegada al cuerpo, llegado el caso de pasar por el camino la noche, estaba preparado para dormir. El pellejo de carnero que formaba el sudadero del caballo, le servía de colchón; la talega de harina tostada, invariablemente colgada al costado, era su repostería, y el mate de calabaza, su vajilla”.

La equitación indígena tenía fines concretos, objetivos funcionales. No era una actividad ancilar, como es la nuestra. No cabalgaba el indio sin rumbo, con distraída parsimonia y albedrío gratuito, sino que apuntaba a la vida y a las haciendas del hombre blanco, del odiado cristiano. En pelo o sobre ingeniosos recaditos de fabricación doméstica, que tan bien han descripto los cronistas, los indios brotaban desde el fondo del desierto como una manga de langostas asesinas para reivindicar la primogenitura de la tierra y de la sangre en el solar invadido por el europeo y su linaje.

El malón es así el dramático manifiesto de la presencia y la protesta del indio. Es su *ultima ratio* contra el coloniaje, su rebeldía ante la frontera móvil de los pioneros republicanos, la síntesis guerrera de su personalidad básica exacerbada por la vida ecuestre. Caballo, indio y malón son la trinidad dinámica de un solo peligro verdadero; el sujeto, el verbo y el atributo de una identidad visceral. En el acto del malón el indio reclama un lugar bajo el sol y le pide cuentas al descendiente del español: con crueldades nuevas paga las viejas crueldades de los conquistadores ecuestres del siglo XVI. Ahora él es también dueño del caballo y en tácita alianza con la paleontología y la prehistoria de América reivindica sus derechos.

SOCIOLOGIA DEL MALON

El malón es la respuesta del indio ecuestre al hombre blanco que le arrebató tierras y horizontes en su avance desde los litorales portuarios al corazón de las praderas. Es una respuesta cruel, sistemática, emperrada, muy distinta por cierto a la rebelión de los indios sometidos al yugo europeo. La rebelión madura lentamente, entre latigazos y vejaciones físicas, entre saqueos y despojos económicos, entre arbitrariedades y desmedros morales. El malón se urde a cielo abierto, lejos del odiado colono, sin cabildeos misteriosos. La rebelión es el escape de los indios esclavizados por la *mita* y disminuídos por la *yanacona*; el malón es el violento ademán de varones libres que temen perder su bárbara libertad. Aquella es una tentativa única y desesperada; éste, un recurso reiterado y lleno de bárbara esperanza.

Para comprender el trasfondo sociológico de ambas actitudes es menester, empero, un esquema previo de la estratificación clasista en la América hispano-lusitana. A las castas que define Solórzano y Pereira en su magistral *Política Indiana*, basadas en una jerarquía racial con raíces económicas, corresponden en la rígida geología de la sociedad esclavista una serie de estratos dibujados con bastante precisión como para ser inscriptos en una pirámide jerárquica de inmensa base (los desposeídos) y de pequeño vértice (los dueños de la tierra y del dinero).

Coronando la pirámide, en un apretado haz, se hallaba la clase alta, integrada por tres estratos.

El primero era el de los señores indianos de gravitación internacional: los propietarios de los yacimientos de oro y plata de Méjico y Potosí; los influentes negreros del litoral brasileño; los grandes importadores que regían el comercio mayorista en

los Virreinos de Nueva España y Perú; los latifundistas azucareros de Bahía y las Antillas.

El segundo estaba compuesto por los potentados indianos de gravitación regional: los amos del cacao ("Los Gran Cacao") de Venezuela; los viticultores, algodoneros y azucareros del litoral peruano; los encomenderos y ricos ganaderos de México; los plutócratas brasileños de la Baixada fluminense (café), los *mineiradores* de Minas Geraes (*ouro e pedras*) y los patriarcas meridionales de las estancias cimarronas (*fazendas de gado*); los dueños de los trapiches y esclavos azucareros de Veracruz.

El tercero, más modesto, comprendía a los capitalistas de gravitación local: los encomenderos de Chile, pobre en indios mansos; los criadores de mulas cargueras, diseminados entre Buenos Aires y el Alto Perú; los prestamistas cordobeses; los empresarios de vaquerías de la Mesopotamia argentina que realizaban sus empresas en la Banda Oriental; los corambreros, estancieros y saladeristas uruguayos del siglo XVIII de donde surgió el patriciado de la independencia; los comerciantes de Buenos Aires y Montevideo enriquecidos por el contrabando de cueros, ganado, y lo que viniera, etc.

Después de estos potentados y mucho más abajo, se hallaba una débil clase media que caracterizó Sergio Bagú en dos recomendables estudios (*Economía de la Sociedad Colonial*, y *Estructura social de la Colonia*), compuesta por elementos improductivos (funcionarios secundarios de la Corona, profesores, médicos, tinterillos) y productivos (propietarios de obrajes textiles, pequeños agricultores y ganaderos, comerciantes minoristas, artesanos de las nacientes urbes).

En el nivel inferior se encontraba la clase baja, casi inidentificable, pues apenas se distinguía de la legión de los desposeídos. Estaba representada por

los capataces de minas y obrajes, los artesanos indígenas y criollos, los peones del área rioplatense y los *vaqueiros* de las estancias del Brasil colonial (1).

Estas tres clases, a su vez se apoyaban sobre los lomos sudorosos de los indios expoliados en las encomiendas agrarias o enterrados vivos (y retirados muertos) en las minas, y sobre los lomos sumisos de los esclavos negros. Indios y negros, los parias de América, eran el motor biológico de la economía colonial: un motor que en vez de aceite rezumaba sangre y cuyas piezas rotas se reponían con terrible facilidad.

Todos los indios, sin embargo, no eran serviles, pues los aborígenes ocuparon distintas posiciones en la sociedad colonial, de acuerdo a su cultura o a su personalidad básica. El grupo mayoritario de la zona andina y mesoamericana, dueño de civilizaciones levantadas sobre una infraestructura agrícola, fue tempranamente sometido. Los integrantes de las comunidades agrarias (*ayllus* incásicos o *callpulis* mexicanos) se convirtieron así en siervos de la gleba o en mano de obra barata —prácticamente gratuita— para las minas, y quedaron traumatizados para siempre por esta doble catástrofe económica y moral.

Otro sector indígena se enfrentó al conquistador ibérico primero y al desbravador criollo más tarde. Eran estos los indios indómitos que luego de domesticar al caballo multiplicaron su peligrosidad y significaron una pesadilla para el hombre blanco.

El tercer sector, finalmente, no sabía de las servicias del sometimiento ni del sobresalto de la lucha.

(1) No cabe hablar en este esquema de los elementos autosegregados o improductivos del mundo colonial: los negros cimarrones de las Guayanas y los fugados a los *quilombos dos Palmares* del Brasil; los gauderios, los tupamaros, los camiluchos, los "mozos alzados", los "malévols" y los gauchos.

Estaba integrado por los "chunchos", los indios silvícolas. Defendido por la verde muralla de los bosques tropicales vivía al margen de la civilización colonial, ajeno a todo lo que no fuera el latido salvaje de la naturaleza circundante. También los fueguinos, en su *habitat* magallánico, se hallaban lejos de los contactos con el blanco, aunque no tanto como los primeros.

Frente al hombre blanco, por lo tanto, los indios ocupaban tres posiciones: la del sometimiento, la de la lucha y la de la marginalidad.

Los indios pampeanos y rioplatenses del área del guanaco (Wissler), que a mi me gusta llamar de la boleadora, integraban el segundo grupo, el aguerrido y rebelde.

En las actitudes de estos indios hacia el blanco hubo dos etapas, marcadas por el advenimiento del caballo. La inicial o apeada fue de mera resistencia; una vez domado el caballo y constituida la caballería ligera indígena, comenzó la etapa de la depredación activa y voluntaria. De la defensiva el indio ecuestre pasó a la ofensiva y, pese a la fugacidad de esta última actitud, cobró algo de la vieja deuda de sangre que el europeo había contraído con los pueblos de América.

Escribir sobre malones en el Río de la Plata es como llevar piedras al cerro. Todos hemos leído descripciones más o menos veraces, literarias unas y científicas otras, de esta modalidad bélica de los indios ecuestres. No obstante, es posible sistematizar las etapas del malón para ubicarlo en el panorama histórico y caracterizarlo en términos etnográficos.

En primer lugar ¿qué quiere decir la voz malón? No deriva del español mal o malo, como podría deducir alguna etimología ingenua, sino del araucano, y significa invasión violenta de indios. La respuesta represiva del colonizador se denomina maloca

y es menos frecuente que el típico malón indio. Ya tenemos definida lingüística y socialmente a la pareja de términos: el flujo armado del indio es el malón; el reflujo vengador del blanco, la maloca.

En cuanto a las modalidades del malón hay dos momentos sucesivos. En el primero, el malón es una defensa: en el segundo, es un negocio deportivo. Los malones iniciales pretenden poner coto a los avances del blanco y frenar la móvil frontera de la civilización que se adentraba insidiosamente en el desierto. Baguales, pastos y pampa abierta: esto era lo que reclamaba el indio en su geopolítica elemental, y para preservar el "espacio vital" de la llanura agredía al español con impenitente saña. Pero cuando la frontera se estabilizó y tras el español vino el criollo, el indio transformó su ademán de libertad en gesto de rapiña. De héroe se convirtió en ladrón. Pero no se lo reprochemos demasiado. Bien dice Luis Franco en su libro *El otro Rosas*: "Todas las terribles lástimas del indio —desaseo, ocio, modales desnudos, instintos a flor de piel—, no son menguas de raza, sino las del hombre primitivo en cualquier medio y época. ¿Qué es incapaz de civilización? Nunca le han ofrecido tamaña perspectiva; los blancos sólo le dan a elegir entre la servidumbre y la muerte. ¿Rapacidad? ¿Crueldad? ¿Mala fé?... Los blancos no pueden echarle este agraz en el ojo. Tanto así, que los hacendados de Chile compran como esclavos los cautivos cristianos que los indios le venden. ¡La trata de blancos cuando la de negros está abolida!"

El malón se organiza para robar vacas, caballos y mujeres, para obtener cautivos, para dejar cenizas humeantes tras el paso de las hordas montadas. Siempre los motivos predatorios son más fuertes que los ofensivos.

Los indios planean el malón en alianza con la luna. Media entre sus tolderías y las poblaciones toda la inmensidad neutra que representan mil o más kilómetros de pampa cruda. Nada señala el rumbo sino el instinto de la línea recta. La llanura no tiene arboledas, cerros testigos o caminos visibles que marquen la ruta. Sólo hay rastrilladas tenues entre los cenagosos guadales; sólo hay un formidable estrellerío en el cielo lustrado por el viento antiguo. Pero los indios no pierden la huella. Trotando sin pausa marchan únicamente de noche, sombras entre sombras. Cuando la luna esté gorda llegarán a destino. Entretanto, avanzan desvelados y livianos, comiendo apenas, ceñidos de carnes y pensamientos.

“Cuando van a cometer pillajes a cuatrocientas y quinientas leguas, fuera de los veinte o treinta caballos que cada uno arrea, no se proveen más que de lazos, lanzas y boleadoras, de que se sirven tanto para procurarse medios de subsistencia como para combatir. Apenas si algunos, los más glotones solamente, ponen entre los cueros que hacen el papel de sillas, un poco de *añime* - hilo —carne cortada en láminas delgadas, salada y secada al sol— que comen con *yiuvíñ* —mezcla de potro y de vaca. Los más pobres llevan solamente un *chasi-cofke*, especie de pan de sal cocido en la ceniza del fuego de estiércol, después de molido y sazonado con hierbas olorosas, y que se hacen pasar de vez en cuando para lamerlo solamente cuando se hacen sentir demasiado el hambre y la sed”. (Augusto Guinnard: *Tres años de esclavitud entre los patagones*).

Cerca ya del objetivo, los indios cabalgan en disciplinado silencio. Sus fletes, adiestrados para el caso, se estiran en un trote chasquero, sofocando el relincho y escondiendo el resuello. Pero no se puede evitar el espantado desbande del reino animal. El trueno soterrado de la caballada en marcha arrea los

venados, los avestruces, los roedores, los gatos pajeros, las aves voladoras, los reptiles. Algunos paisanos advierten este bullicio anormal y le abren cancha a la marea de lanzas. Así nos lo cuenta Alcides D'Orbigny: "En la noche del 22 al 23, en el momento que los indios recorrían la llanura en busca de botín y masacraban a los pobres chacareros, uno de estos debió su salvación y la de su familia a ese espíritu de observación que caracteriza a las gentes de campaña. . . Su casa estaba aislada en medio de las llanuras del sur. Las noches son en esas regiones, por lo general, muy silenciosas; los numerosos pájaros acuáticos que cubren los alrededores, asustados por lo general de día, permanecen tranquilos por la noche en sus desiertos. Las innumerables bandadas de avutardas o patos antárticos pacen entonces apaciblemente, sin conmovier el aire con sus acentos agudos. Acostumbrado a esa calma de la naturaleza, el chacarero oyó de golpe, en la llanura, los gritos penetrantes de las avutardas, el grito de alarma del ave armada, centinela de la soledad. Se levantó y prestó atención; el ruido se renovaba y redoblaba de instante en instante. Puso mayor atención todavía. Los animales alados estaban aterrorizados; no cabía duda. . . El enemigo amenazaba la vecindad". (*Viaje a la América Meridional*).

Otras veces los indios atraviesan como una exhalación la vanguardia zoológica y caen sobre las poblaciones de improviso. La descripción de Francis Bond Head, que en 1825 visitara la Pampa, ofrece escalofrantes detalles de la masacre: "Con frecuencia se aproximan a los ranchos por la noche a todo galope, con su alarido habitual, golpeándose la boca con la mano; y ese grito, para intimidar al enemigo, continúa durante toda la horrible operación. Lo primero que hacen es incendiar el techo del rancho y es casi demasiado horroroso el imaginar lo que deben ser

las sensaciones de una familia, cuando producida la alarma por los ladridos de los perros, que los gauchos siempre tienen en gran número, oyen primero el alarido que anuncia su destino y un instante después encuentran que el techo arde sobre sus cabezas. Así que la familia se precipita afuera, como naturalmente tiene que suceder, los hombres son lanceados por los indios con lanzas de dieciocho pies de largo, y luego que caen los desnudan, pues los indios, que son muy aficionados a incautarse de la ropa de los cristianos, cuidan de no deteriorarla con sangre" (*Las pampas y los Andes. Notas de viaje.*)

El malón se practica sobre la gente indefensa, con rapidez y bulla paralizantes. Pero a veces hay resistencia y la indiada tiene bajas. Sin embargo, al retirarse, no quedan salvajes muertos en el campo. Recurramos nuevamente a D'Orbigny: "Constituye para ellos una costumbre de lo más antigua no abandonar nunca un solo cadáver, ni aún en lo más ardiente de la lucha, lo que disminuye en mucho su fuerza y les ha hecho, a menudo, perder un ataque. Durante toda la acción, la parentela se ocupa únicamente de llevarse a los suyos, por lo general a medio morir; los enlazan y los arrastran lejos." (Op. cit.)

Y ahora contemplemos el regreso de los asaltantes a sus guaridas. La horda solidaria de la ida se desperdiga al regreso. Guinnard nos explica el motivo de este desfibramiento, provocado por la codicia: "El regreso de estas expediciones no se produce en masa, como la partida. El interés les obliga a distanciarse mucho unos de otros a fin de poder conservar el mismo número de animales. De no ser así algunos escaparían a su vigilancia e irían a engrosar el botín de sus compañeros, que se negarían a devolverlos. Solamente los haraganes o los que no

resisten el peso de la fatiga están expuestos a perder el botín; pero estos casos son raros, porque su actividad y su avaricia son tales que aún mucho tiempo después del regreso a sus tolderías respectivas vigilan día y noche sus tropillas". (Op. cit.)

Una vez en las tolderías y después de una feroz borrachera colectiva el indio ordena el botín. A las tiendas van las cautivas aterrorizadas y temblorosas, sujetas a un triple destino: juguetes para la lujuria, esclavas para el trabajo y vientres para el mestizaje. Antes el español arrogante preñaba indias; ahora el aborigen se venga fecundando concubinas criollas. Las vacadas y caballadas marchan a los potreros, si así se les puede llamar a los pastizales desnudos. Y lo que sobra, tanto ganados como cautivos, atraviesa los pasos bajos de la cordillera meridional para ser cambiado en Chile por plata blanca, brillante como la luna malonera.

Los malones cesaron con la derrota total del indio. Un buen día las ciudades rioplatenses decidieron no tolerar más la constante agresión del aborigen despojado. Armaron ejércitos de línea y fueron a buscar al indio en sus madrigueras. Allí lo cercaron, lo derrotaron, lo degollaron, y luego desparramaron sus cenizas a los cuatro vientos. La maloca del civilizado, tan brutal y más efectiva que el malón del indio, cegó en sus fuentes la furia del americano esencial. Dejó al indio sin tierras, sin caballos, sin ganados, sin tolderías. Lo mató a tiros, lo mató a golpes, lo mató de hambre, lo mató con todas las muertes que sabe fabricar el hombre blanco: las del cuerpo y las del alma.

Hoy ya no tenemos más indios, o por lo menos así lo proclamamos, disimulando a los "cabecitas negras" y a los "caras-marrones" de nuestras estancias, pueblos de ratas y orillas urbanas. Tenemos en cambio una rica historia rioplatense, asiento de gran-

des hazañas y sede también de grandes canalladas que disfrazamos con palabras pomposas.

Pero el caso es que las tribus salvajes de las cuchillas y las pampas no existen más. Sólo nos permitimos el salvajismo sonriente o melancólico, pero siempre implacable, que florece en las grandes urbes donde, entre el jadeo de las máquinas y el balido del becerro de oro, apostamos al más inteligente y peligroso de los juegos: el de la civilización.

I N D I C E

I.— JINETES DE DOS MUNDOS	pág.	7
El pacto con el hombre	"	9
Destino cultural del jinete	"	14
La Edad de Oro del caballo	"	20
Misión de la caballería andante	"	29
Vagabundos medievales y gauchos rio- platenses	"	38
El llanero venezolano	"	47
El <i>vaqueiro</i> nordestino	"	57
El domador	"	71
II.— EL CABALLO EN AMERICA INDI- GENA	"	83
Dialéctica hípica del Nuevo Mundo ..	"	85
El caballo y los indios de América del Norte	"	93
Las indiadas ecuestres de América del Sur	"	98
Equitación indígena	"	105
Sociología del malón	"	116

INDICE

I -	LIMITES DE LOS MUNDO	7
II -	El paso con el hombre	10
III -	Destino cultural del hombre	14
IV -	La Edad de Oro del caballo	21
V -	Misión de la caballería moderna	25
VI -	Yapachos y guerreros y guerreros yapachos	28
VII -	El caballo y el hombre	31
VIII -	El caballo y el hombre	34
IX -	El caballo y el hombre	37
X -	El caballo y el hombre	40
XI -	EL CABALLO EN AMERICA INDIA	43
XII -	GENA	46
XIII -	Distintos tipos del Nuevo Mundo	49
XIV -	El caballo y los indios de America del Norte	52
XV -	Las indias americanas de America del Norte	55

Este volumen de la colección **Bolsilibros Arca**, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A. Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de setiembre de 1967.

Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.



Vidart explica la relación entre los pueblos y el caballo, la transformación de las culturas indígenas con el surgimiento del jinete y la aparición de los tipos humanos de llaneros y gauchos.